
TRAFICANTE DE LAS ESTRELLAS
GLENN PARRISH
USA
BOLSILIBROS
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO

El asteroide estaba en un sistema alumbrado por una estrella rojiza, lo que significaba un astro en trance de extinción. Como la proximidad entre los dos cuerpos celestes era muy grande, el resultado era que Kaydin se abrasaba de calor, pero, en cambio, tenía poca luz.

Sin embargo, había la suficiente para poder ver las cosas hasta un par de kilómetros de distancia. Sus enemigos, sin embargo, estaban mucho más cerca.

Eran soldados de Brocbar. El ataque contra su nave se había producido rápida e imprevistamente, de tal modo, que sólo Kaydin, y ello con grandísima suerte, había podido salvarse.

Cerca de la roca que le servía de parapeto, tenía su ya inútil burbuja de salvamento, deshinchada y lacia sobre el rojo suelo del asteroide. En medio de todo, Kaydin se consideraba aún un ser afortunado, ya que todos los restantes tripulantes de su nave habían perecido.

Él se había salvado debido a la circunstancia de que se hallaba en su cámara personal, revisando unas cuentas. Apenas oyó sonar la alarma, se abalanzó sobre la burbuja de salvamento.

Segundos más tarde, una tremenda explosión había sacudido la nave. El estallido había sido tan fuerte, que el cristal de su ventana se convirtió en polvo.



Glenn Parrish

Traficante de las estrellas

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 5

ePub r1.1

xico_weno 06.11.15

Título original: *Traficante de las estrellas*
Glenn Parrish, 1970

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

El capitán Kaydin —Robert de nombre y Bob para los íntimos—, se encontraba en un grave apuro.

Kaydin estaba parapetado tras aquella roca rojiza, en la desolada superficie del asteroide desierto al que su mala suerte le había ido a llevar, muy en contra de su voluntad.

En la mano tenía una pistola solar. Podía fundir una astronave de un disparo… pero sólo le quedaba uno. El indicativo de carga del arma era sobradamente claro al respecto.

La estrella que alumbraba al asteroide daba mucho calor, pero poca luz. Y sin luz suficiente, la pistola solar no se podía recargar. Bueno, sí, pero ello tardaría horas enteras, en lugar de un par de minutos como sucedía en parajes alumbrados por una estrella tipo sol Tierra.

El asteroide estaba en un sistema alumbrado por una estrella rojiza, lo que significaba un astro en trance de extinción. Como la proximidad entre los dos cuerpos celestes era muy grande, el resultado era que Kaydin se abrasaba de calor, pero, en cambio, tenía poca luz.

Sin embargo, había la suficiente para poder ver las cosas hasta un par de kilómetros de distancia. Sus enemigos, sin embargo, estaban mucho más cerca.

Eran soldados de Brocbar. El ataque contra su nave se había producido rápida e imprevistamente, de tal modo, que sólo Kaydin, y ello con grandísima suerte, había podido salvarse.

Cerca de la roca que le servía de parapeto, tenía su ya inútil burbuja de salvamento, deshinchada y lacia sobre el rojo suelo del asteroide. En medio de todo, Kaydin se consideraba aún un ser afortunado, ya que todos los restantes tripulantes de su nave habían perecido.

Él se había salvado debido a la circunstancia de que se hallaba

en su cámara personal, revisando unas cuentas. Apenas oyó sonar la alarma, se abalanzó sobre la burbuja de salvamento.

Segundos más tarde, una tremenda explosión había sacudido la nave. El estallido había sido tan fuerte, que el cristal de su ventana se convirtió en polvo.

Kaydin estuvo en el vacío solamente fracciones de segundo. De un modo prácticamente instantáneo, la burbuja le envolvió con su esfera protectora, rodeándole de una capa de aire cuya presión era de cuatro quintos de la atmósfera normal. Luego, dándose cuenta de que la pérdida de la nave era irremediable, se deslizó sigilosamente por el lado opuesto al del ataque, empleando para ello el diminuto propulsor de que iba provista la burbuja y que le permitía recorrer varios cientos de miles de kilómetros con el rumbo deseado.

Horas más tarde, había aterrizado en aquel asteroide, totalmente desierto, sin plantas ni animales de ninguna clase, absolutamente estéril, pero los autores de la destrucción de su nave le habían localizado y ahora estaban dispuestos a matarle.

De cuando en cuando, Kaydin oía los chasquidos de los fusiles radiónicos de sus atacantes. La roca tras la que se parapetaba, sin embargo, era lo suficientemente sólida para resistir aquellos proyectiles, capaces de convertir a un ser humano en una pulpa de carne y huesos en una centésima de segundo.

Pero era una situación que no se podía prolongar indefinidamente. Kaydin se daba cuenta de que, en cualquier momento, sus atacantes podían realizar un movimiento envolvente y acabar con él.

Había una causa por la cual no se habían atrevido a lanzar el asalto definitivo y era su pistola solar, de cuya potencia les había dado sobradas muestras. Naturalmente, los brocbarianos ignoraban que sólo le quedaba un disparo en el almacén de energía solar.

Al fondo, a unos mil doscientos metros, se divisaba el brillo del metal de la nave enemiga, una patrullera brocbariana, cuyo capitán, a lo que parecía, había hecho suyo un viejo lema terrestre: «Disparar primero y preguntar después».

—Por eso estoy como estoy —se dijo Kaydin amargamente, mientras que con un gesto maquinal se echaba hacia atrás un mechón de pelo color castaño claro.

La burbuja de salvamento yacía fláccida y deshinchada a su

lado. Kaydin pudo ver la caja cuadrada que servía de base al artefacto y en la que, además de los elementos productores de atmósfera respirable, de calor, y propulsores, había un pequeño depósito con víveres y agua.

El calor era horrible. Kaydin habría tomado de buena gana un sorbo de agua, pero el instinto le hacía reservarse para cuando no pudiera aguantar más. De momento, lo más interesante era salvar la vida.

Otra descarga radiónica chasqueó contra la roca.

Kaydin se dijo que era preciso solucionar el asunto de una vez.

De nuevo dirigió la vista hacia la burbuja. Una idea se le ocurrió de repente.

Apartó a un lado el plástico que había sido su salvación y escrutó la caja de víveres y pequeños repuestos. Una sonrisa de júbilo se dibujó en sus labios.

Había un arma de reserva. Ni él mismo sabía cómo la había puesto en la burbuja tiempo atrás. Tal vez, se dijo, lo había hecho para impresionar a futuros compradores de sus artículos, entre los que, naturalmente, figuraban burbujas de salvamento.

Extrajo el arma y la situó en posición de funcionamiento. Era, sencillamente, una pistola proyectora de pensamientos.

Durante unos segundos, tuvo el arma en contacto con sus manos, mientras concentraba la mente en las imágenes que deseaba reproducir. Luego, lenta y cautelosamente, estiró el brazo y situó el proyector en lo alto de la roca, encarando su cañón al centro de las, posiciones ocupadas por sus adversarios. A continuación, presionó la tecla de contacto.

Inmediatamente sonaron gritos de alarma.

—¡Por allí!

—¡Se escapa!

—¡Corran tras él! ¡Hay que atraparle vivo! —ordenó alguien, con la suficiente autoridad para hacerlo.

Kaydin vio a varias figuras que corrían frenéticamente hacia su izquierda y a unos ciento cincuenta metros de distancia. Hubiera sido para reír a carcajadas, de no ser porque aún no había resuelto su crítica situación.

Los brocbarianos corrían tras una imagen ficticia, infiltrada en sus mentes por el proyector. Perseguían a un fugitivo que

continuaba aún en el mismo sitio y gritaban frenéticamente ordenándole detenerse.

Kaydin dejó que se alejasen quinientos o seiscientos metros. Luego, de pronto, se puso en pie de un salto y echó a correr hacia la nave brocbariana.

La escasa gravedad del asteroide le permitía dar saltos gigantescos, de hasta treinta y más metros de longitud. Kaydin procuraba no elevarse demasiado, sino saltar más bien en sentido casi horizontal. Así, en menos de dos minutos, se situó a cincuenta o sesenta metros de la abierta escotilla de la nave.

Una figura humana apareció de repente ante sus ojos.

El instinto le hizo elevar la mano armada y apretar el disparador de su pistola solar.

El arma, dirigida contra un cuerpo humano, se ajustó automáticamente al mínimo de tensión. De lo contrario, el disparo habría destruido la nave y esto era algo que a Kaydin no le convenía en absoluto.

En el último instante, se dio cuenta de que el brocbariano era una mujer. Ya no había tiempo de detener el movimiento de su dedo índice.

La brocbariana se convirtió en una brillantísima estatua incandescente. Ardió durante un segundo y luego se desvaneció como si jamás hubiera existido.

Kaydin maldijo entre dientes. Había matado a una mujer, sí, pero la brocbariana habría disparado contra él, de no haberse anticipado a ella.

—Mala suerte, muchacha —dijo, mientras tiraba a un lado la ya inútil pistola solar.

Y luego, dando un salto tremendo, se zambulló de cabeza en el interior de la astronave.

* * *

Kaydin había pasado mucho calor en la superficie del asteroide, por lo que, una vez hubo despegado y se halló en seguridad en el espacio, buscó un cuarto de baño y se refrescó con una prolongada ducha; que le dejó como nuevo.

En el almacén de repuestos encontró ropas y se puso un traje de una sola pieza, color azul gris brillante, de tejido elástico y

espumoso. Lo único que encontró desagradable fue el emblema con el sello de
Wówasc CVIII
, emperador de Brocbar.

Pero no tenía facilidades de elección. Luego buscó comida.

Torció el gesto al contemplar los víveres brocbarianos.

—Tienen un sentido del paladar realmente desastroso —comentó, mientras atacaba aquella insípida pastilla de color verdoso, de singular valor alimenticio y vitamínico, pero de nulo atractivo gastronómico.

Una vez repuesto, se dirigió a la calculadora de órbitas.

Conocía bien el manejo de las naves brocbarianas.

El indicador automático de posición le dio en pocos segundos la situación de la nave. Un gesto de desaliento se dibujó en sus facciones. Demasiada distancia hasta la Tierra.

Había casi un centenar de años luz hasta la frontera estelar que marcaba los límites del imperio brocbariano, y aquella frontera hervía en naves de patrulla que le impedirían traspasada, sin los documentos en regla.

Pero ¿qué documentos podía presentar él, si pilotaba una nave robada?

Vaciló durante algunos minutos. De pronto, notó que las luces oscilaban y disminuían considerablemente.

Un vistazo a los instrumentos le dijo que la tensión había disminuido de modo radical. El examen del control de energía radiante le dejó aterrado.

La aguja indicaba cero, en caracteres brocbarianos, por supuesto, idioma que Kaydin entendía a la perfección. Claro que la nave tenía un sistema de propulsores de emergencia…

Kaydin dejó de pensar en aquel sistema de propulsión como medio de salir del atolladero en que se encontraba. Una voz irrumpió de pronto a través de la radio:

—Capitán Kaydin, le recomendamos se entregue sin hacer ninguna resistencia. Hemos desconectado la energía radiante y no podrá escapar de nosotros. Por favor, conecte sus televisores y podrá comprobar que está rodeado por todas partes.

Lo que decía aquel brocbariano era rigurosamente cierto. A Kaydin sólo le quedaba una solución.

—Está bien. Me rindo —contestó simplemente.

CAPÍTULO II

Escoltado por dos soldados de rostro impasible, armados con sendos fusiles radiónicos, Robert Kaydin entró en la sala donde iba a ser juzgado.

Era una estancia de tamaño regular, con un estrado para la mesa tras la cual se sentarían sus jueces. Detrás, en la pared del fondo, en una reproducción de gran tamaño, se veía el sello imperial.

Era un gran círculo, con una orla exterior de color azul fuerte, en la que figuraban treinta y siete estrellas de oro, los treinta y siete soles que constituían sendos centros de otros tantos sistemas planetarios, todos los cuales, unidos, formaban el imperio de Brocbar.

En el centro se veía un círculo rojo, sobre el cual había grabadas en plata unas letras brocbarianas. La leyenda decía:

Wówasc CVIII

Dárodna, emperador.

El círculo rojo descansaba sobre las armas del emperador, tres espadas en haz. La empuñadura de cada espada eran tres estrellas de nueve puntas en hilera.

Mentalmente, Kaydin tradujo: «Wówasc, Centésimo Octavo de la dinastía de los Dárodna, emperador de Brocbar». Conocía bien el idioma brocbariano.

Y a sus habitantes. Sabía que no podía esperar compasión de los jueces que le iban a juzgar.

Una puertecita lateral se abrió y a través de ella entraron cinco personajes de piel atezada, ojos casi amarillos y apenas sin pelo en sus cráneos. Todos iban vestidos con la larga toga amarilla que correspondía a un juez en ejercicio.

Un juicio en Brocbar solía ser algo singular: no había fiscal ni defensor. El presidente ejercía las funciones del primero, en tanto que el acusado se defendía a sí mismo.

Esto servía para juicios de cierta importancia, y Kaydin sabía que el suyo la tenía. Para delitos menores, sobre todo de índole común, el encargado de juzgar a los acusados… era una máquina.

Los jueces se situaron tras la mesa. El presidente hizo un gesto con la mano y todos se sentaron.

—El acusado puede sentarse también —dijo el presidente.

—No estoy cansado —manifestó Kaydin. El brocbariano se encogió de hombros.

—A su gusto —contestó con indiferencia—. ¿Conoce el delito del que se le acusa? —No, Señoría.

—El acusado miente —dijo un juez secundario.

—Bueno —sonrió Kaydin.

El presidente, con voz monótona, recitó:

—Robert Kaydin, del sistema solar, planeta Tierra, se le acusa de espionaje en favor de su gobierno planetario. ¿Inocente o culpable?

—Inocente, Señoría.

—Demuéstrelo.

—Soy traficante con la patente debidamente acreditada en la Sala Principal de Comercio Interestelar. Durante años he traficado entre mi sistema y Brocbar. Mis negocios han sido siempre honrados y lícitos. Tengo amigos en la capital del imperio que pueden probarlo. Eso es todo, Señoría.

El presidente no se inmutó.

—Se le acusa de que estaba haciendo espionaje cuando fue sorprendido por una de nuestras naves de patrulla —dijo.

—Lamento contradecir a su Señoría, pero no es cierto —aseguró Kaydin—. Simplemente, orbitaba con un cargamento de manufacturas terrestres en dirección a Holomash, del nuevo sistema brocbariano. Todos los documentos lo prueban incontestablemente.

—¿Dónde están esos documentos? —preguntó uno de los jueces secundarios.

—Se perdieron cuando mi nave fue destruida, pero existe una copia de ellos en el departamento que antes he indicado.

Los jueces deliberaron entre sí unos momentos. Dada la distancia que le separaba del tribunal, Kaydin no podía oír lo que decían.

Al cabo de unos momentos, el presidente se encaró de nuevo con él:

—Se aceptan sus manifestaciones de descargo y se le considera inocente de la acusación formulada —dijo—. Por tanto y respecto al delito de espionaje, queda retirada la acusación, merced a los alegatos presentados por el inculpado.

Kaydin respiró aliviado.

—Nunca esperé menos de la justicia brocbariana —declaró, a la vez que realizaba una profunda reverencia.

—Pero —siguió el presidente—, queda otro delito por el cual se le va a juzgar y del que existen pruebas absolutamente irrefutables. Me refiero al robo y posesión ilícita de una nave brocbariana.

Kaydin se quedó atónito. Aquélla era una complicación con la cual no había contado.

—El acusado robó una nave de patrulla brocbariana —habló el presidente de nuevo—. Para conseguido, disparó y dio muerte a uno de sus tripulantes. Ello está suficientemente demostrado por las declaraciones del comandante de la fuerza de patrulla que procedió a su arresto. Por tanto, la sentencia de este tribunal, por el delito mencionado, es la de trabajos perpetuos en los yacimientos de kranita.

El presidente se puso en pie. Sus compañeros le imitaron.

Kaydin apretó los labios. «Bonita jugada», pensó.

El delito de espionaje no había sido probado. El embajador del sistema solar no tendría así ocasión de protestar por una sentencia presuntamente injusta.

Y tampoco protestaría por otra sentencia justa. Sí, había robado una nave brocbariana y dado muerte a uno de sus tripulantes. De nada servía negar lo que era evidente.

La sentencia, en sí, era una ironía. Trabajos a perpetuidad en los yacimientos de kranita.

Como buen comerciante del espacio, Kaydin había oído hablar de aquellos yacimientos. También sabía que la duración máxima de la vida de un condenado a extraer kranita era de un año, dieciocho meses a lo sumo.

La voz del presidente sonó en sus tímpanos como un mazazo:

—La sentencia ha sido dictada. Se levanta la sesión.

* * *

Vestido con un simple taparrabos, cubierta la cabeza con un

sombrero de anchas alas, Kaydin caminó en la hilera de condenados que se acercaban a la ventana de la cocina para recibir su ración vespertina de comida y agua.

A lo lejos quedaban los mortales yacimientos de kranita. Por encima de ellos, pilotando sus aeromóviles individuales, revoloteaban los guardias que custodiaban a los condenados.

Un hombre tosió convulsivamente delante de Kaydin.

Aquel individuo solo tenía ya días de vida.

Era un pingajo humano. Las mortales radiaciones de la kranita habían devorado sus órganos internos. Incluso la piel tenía una coloración violácea nada agradable de contemplar.

Y se le caía a pedazos. Lo mismo que el pelo, del que sólo quedaban unos mechones blanquecinos. Aquel desgraciado, como muchos otros, ya no tenía tampoco cejas ni pestañas.

Los guardias evitaban las radiaciones con unas armaduras blindadas especialmente. Aun así, se les relevaba mensualmente, porque, a la larga, no había nada que detuviese las espantosas emanaciones de aquel mineral que, para los brocbarianos, constituía una fuente de riqueza energética.

Kaydin puso su cantimplora bajo una fuente y la llenó. Continuó avanzando y un cocinero le puso en la mano una pastilla alimenticia.

Siguió su camino. Había árboles, pero apenas tenían hojas. El calor era terrible. Quizá por ello los condenados vivían al aire libre y dormían sobre un suelo cubierto de hierba rala y amarillenta.

Una mujer tropezó de pronto y cayó al suelo, sollozando amargamente. Las fuerzas le fallaban. Sabía que iba a morir.

En Brocbar no se hacían distingas a la hora de condenar graves delitos. En realidad, extraer la kranita no era labor físicamente cansada. Lo malo de la condena eran los efectos del mortífero mineral.

Dos guardias descendieron de las alturas y agarraron a la mujer por los brazos. A la desgraciada ya no le quedaban fuerzas para quejarse.

Kaydin llevaba ocho días en los yacimientos. Había aprendido ya muchas cosas.

Los moribundos eran conducidos a un lugar aparte, desierto, donde se les abandonaba fríamente. Algunos, en su desesperación,

pedían a los guardias que los dejasen caer de gran altura, a fin de terminar lo más rápidamente posible.

Y los guardias solían complacer tales peticiones. Kaydin se dijo que lo haría así cuando le llegase su hora.

Se sabía de algunos separados prematuramente. Habían muerto de hambre y sed antes que consumidos por las radiaciones.

Kaydin bebió un largo trago de agua, que le refrescó notablemente. Dudó acerca de si debía comer o no, pero, al fin, acabó devorando la pastilla alimenticia. Apenas tenía gusto, pero, era preciso reconocerlo, restauraba las fuerzas, y él quería conservar las suyas, porque tenía otros planes para el futuro.

La noche cayó rápidamente. Potentes focos se encargaron de barrer las tinieblas en el gran cercado donde se amontonaban unos cientos de desgraciados.

Las mujeres pernoctaban aparte. Durante el día, sin embargo, trabajaban mezcladas con los hombres.

Kaydin estaba acostumbrándose a dormir boca abajo. Era la única forma de eludir un tanto el potente resplandor de los proyectores.

—¿Cuándo te fugas, terrestre?

Kaydin volvió la cabeza y miró al sujeto que así le había interpelado.

Era un hombre de estatura notable y poderosos hombros, más incluso que él, y Kaydin no se consideraba en modo alguno débil ni flojo físicamente. El sujeto tenía las cejas picudas y las orejas bilobuladas, propia de los nativos de Alfa de Aldebarán.

—¿Quién te ha contado esa estupidez? —gruñó Kaydin.

El hombre sonrió.

—Me llamo Tunc —se presentó—. Aún estoy por ver al terrestre que no haya intentado fugarse.

—Eso es imposible aquí —contestó Kaydin secamente.

—Ya lo sé, pero algunos lo intentaron. ¿Sabes lo que hicieron con ellos? —Explícamelo, ¿quieres?

—Es un invento de

Gror-Soff

, el jefe de la guardia.

Cuando sorprenden a alguien que trata de fugarse, lo arrojan directamente al centro de uno de los charcos de kranita. Suelen

durar unos diez minutos.

Kaydin se estremeció.

—No tengo ganas de asarme vivo —contestó.

—Entonces, morirás devorado por las radiaciones —auguró Tunc, mientras se volvía boca abajo para eludir la luz de los focos.

Kaydin apretó los labios.

¿Es que no había ninguna forma de fugarse de aquel mortífero campamento?

Otros dos individuos, brocbarianos al parecer, hablaban a su izquierda.

—Eso está hecho —decía uno de ellos—. En cuanto ese villano de Wówasc tenga naves suficientes, se lanzará al ataque y conquistará el Sistema Solar. El sello imperial tendrá así treinta y ocho estrellas.

—Dudo mucho que lo consiga —contestó el otro.

—¿De veras? Yo estoy por asegurar que ese ataque se producirá antes de seis meses.

Kaydin apretó los labios. Precisamente, su misión consistía en evitar aquel ataque al Sistema Solar… y ahora estaba allí, miserablemente fracasado y condenado sin remedio a morir consumido por la kranita.

CAPÍTULO III

La kranita tenía un color rojo oscuro y era una especie de pasta semisólida, de notable consistencia, cuya temperatura media era de unos cincuenta y cinco o sesenta grados centígrados en la superficie. A diez centímetros de la misma, la temperatura aumentaba unos diez grados más y, a partir de dicho nivel, el aumento era muchísimo más lento, de modo que raramente se alcanzaban en el núcleo de una masa medianamente voluminosa más allá de los doscientos grados.

Asimismo, las radiaciones emitidas por la kranita perdían gran parte de su poder dañino a cierta distancia. A dos mil metros, los efectos eran prácticamente nulos y sólo una permanencia de años causaría perjuicios al organismo. Pero la cosa variaba cuando se estaba a menor distancia de aquel extraño metal semisólido y, sobre todo, en unos seres condenados a pasar diez horas diarias extrayéndola de sus yacimientos poco menos que con la mano.

La gran virtud de la kranita estribaba sin duda en su alto potencial energético. Siendo, además, un mineral cuyo coste de extracción era prácticamente nulo, la baratura de la energía proporcionada con él mismo resultaba increíble, teniendo en cuenta que no se necesitaba en absoluto ningún proceso de transformación. Los bloques de kranita iban a parar directamente a los hornos de las máquinas que funcionaban a base de su energía irradiada por el mineral.

Todo esto pensaba Kaydin a la mañana siguiente cuando, provisto del largo cazo reglamentario, se afanaba en sacar grandes trozos del metal. El cazo tenía un mango de unos tres metros de longitud y cada uno de los condenados lo agarraba por la parte que resultaba más conveniente para su trabajo, según en el lugar que ocupaba en el yacimiento.

Había una veintena de yacimientos. En realidad, eran como

pozos circulares de un diámetro comprendido entre los cincuenta y los cien metros. La existencia del metal parecía inagotable; no se veía que el nivel descendiera jamás.

Por encima de las cabezas de los condenados, los guardias patrullaban constantemente, armados con sus fusiles radiónicos. En el suelo firme, en un lugar determinado, había un pequeño tren de vagonetas, cada una de las cuales contenía una especie de recipiente metálico, de forma cúbica, que servían para contener las porciones del mineral extraído por los condenados.

Las paredes de los recipientes eran de una sustancia parecida al barro, de más de veinte centímetros de grosor. Apenas se llenaba uno de ellos, un penado lo cubría con una tapa de análogo espesor y marcaba en su superficie el lugar del yacimiento y su número de orden.

El yacimiento al que había sido asignado Kaydin tenía el número XI.

Había llenado ya un recipiente: Kaydin se acercó al borde del pozo y alargó el mango, dejando que el cazo se apoyara sobre el mineral. Hizo girar el mango y el cazo se llenó lentamente. Su capacidad era de unos tres litros, pero como la densidad de la kranita era incluso superior a la del mercurio, el resultado era que el peso total de la masa extraída rebasaba los cincuenta kilos.

Una vez lleno, tiró del cazo hacia sí y lo sacó de la masa general. Dejó que se escurrieran lentamente unas cuantas gotas y luego giró sobre sus talones para llevarlo a la vagoneta de transporte.

Nueve días, pensó Kaydin. Los efectos de la kranita no eran aún irremediables en su organismo. Incluso podía estar allí tres o cuatro meses antes de que se le declarase incurablemente contagiado.

De pronto, divisó a cuatro personas que se acercaban al yacimiento. Una de ellas era Gror-Soff, el jefe de los guardias. Su casco, de aparatoso remate, indicaba lo elevado de su graduación.

De los tres restantes, dos eran vigilantes. En medio venía un condenado.

Una mujer. Una víctima más de los desalmados sistemas penales del Imperio.

Kaydin vació su cazo y caminó lentamente en dirección al objetivo. Con el rabillo del ojo estudió a la mujer.

Era joven, de elevada estatura y cabello intensamente negro. Como las otras condenadas, vestía un sucinto corpiño, que cubría apenas sus pechos, y unos breves pantaloncitos, muy ajustados a sus esbeltas caderas. Calzaba unas simples sandalias y su cabeza quedaba cubierta por el sombrero de uniforme.
Gror-Soff
le señaló un cazo tirado en el suelo. Ella se revolvió hacia el jefe de vigilantes y le dijo algo en tono áspero.

La respuesta no se hizo esperar.
Gror-Soff
le propinó una espantosa bofetada que la hizo vacilar. La joven giró parcialmente y
Gror-Soff
completó su tarea con un tremendo puntapié en la cadera derecha, que la hizo rodar varias veces por el suelo en ligera pendiente hacia el hoyo repleto de kranita.

La joven chilló espantada. Kaydin alargó la mano y asió uno de sus brazos, deteniéndola a medio metro escaso del borde del hoyo.

Kaydin vio en los ojos de la joven el terror, pero también la rabia y el dolor de la situación en que se encontraba. La ayudó a levantarse, mientras
Gror-Soff
vomitaba una sarta de imprecaciones de todos los calibres.

—¡A trabajar, perra! —rugió—. ¡Y tú, maldito terrestre, usa tu cazo o irás a parar a la kranita!

—Si uno se pudiera fugar de aquí… —suspiró Tunc, a pocos pasos de distancia.

Kaydin entregó su cazo a la joven. Ella le miró con ojos llenos de lágrimas.

—Gracias —musitó.
Gror-Soff
se alejó, lo mismo que los guardias que habían conducido a la mujer hasta su lugar de trabajo. Ella, haciendo un visible esfuerzo, metió el cazo en la masa de mineral.

—Me llamo Kaydin —se presentó el terrestre.

—Shelia —dijo ella.

—Bonito nombre. Típicamente brocbariano —comentó Kaydin —. Puedes llamarme Bob, Shelia.

Llevó una carga de mineral a las vagonetas y regresó al pozo. Después de varias extracciones más, observó a Shelia y la vio sofocada y con el pecho alborotado por un ejercicio al que, evidentemente, no estaba acostumbrada.

—No te precipites los primeros días —aconsejó—. Estás desentrenada, ¿no es cierto?

Shelia hizo un signo de asentimiento.

—¿Por qué te han condenado? —preguntó Kaydin.

—Yo era oficial de las patrullas. Destruí una nave terrestre sospechosa, pero uno de sus tripulantes consiguió escapar. Tenía orden de apresarle con vida. El terrestre nos engañó y me robó la nave. Ésos son los motivos de mi condena, Bob.

* * *

—Escapar no es difícil —dijo Tunc, sentado en el suelo, entre bocado y bocado a su tableta alimenticia—. Yo sé de algunos que lo hicieron. Luego, claro, se dejaron atrapar en la capital, porque no supieron borrar bien sus huellas.

—¿Qué les pasó? —preguntó Kaydin con acento casual.

—Oh, los trajeron aquí de nuevo, pero la segunda vez no les dieron un cazo. Simplemente, los arrojaron a la masa de kranita.

—Públicamente, claro está.

—Para escarmiento de posibles fugitivos. Pero si uno quiere, puede escapar de aquí.

—Ya —sonrió Kaydin—. Por eso estás tú aún sacando kranita del undécimo pozo.

—Me escaparé cuando tenga todos los cabos bien atados. No voy a arriesgarme ahora para que me atrapen a los dos días, como puedes comprender.

Kaydin meneó la cabeza.

—De aquí a la capital hay más de doscientos kilómetros de tierra absolutamente desierta. Por el día, la temperatura normal, al sol, es de casi sesenta grados. El suelo es liso como la palma de la mano y no hay una sola fuente de agua. Si alguien trata de acercarse con un vehículo, sin autorización, los guardias tienen orden de disparar sin remilgos.

—Cierto —convino Tunc calmosamente.

—Entonces, dime, si no te pueden ayudar del exterior y el desierto te mataría deshidratado en veinticuatro horas, ¿cómo diablos piensas largarte de aquí?

Tunc eructó satisfecho, tras su último bocado de la cena. Luego, con apenas un alzamiento de cejas, señaló hacia arriba, donde, en la oscuridad, patrullaban los guardias en sus aeromóviles individuales.

—Apoderarse de uno de esos cacharros no es tan difícil como parece —respondió al cabo—. Repito que lo difícil es tener buenos amigos en alguna parte. Si no se tienen, es inútil soñar siquiera con la fuga.

* * *

Transcurrieron veinticuatro horas más. Kaydin reflexionaba de continuo en las palabras que había pronunciado Tunc.

Apoderarse de un aeromóvil no era difícil. ¿Con qué amigos contaba él en la capital?

Ninguno de ellos se había presentado a declarar en su favor. Claro que sus declaraciones habrían sido tomadas antes del juicio, pero el presidente del tribunal no las había mencionado siquiera.

Además, ¿quién iba a comprometerse por un terrestre?

La tensión entre el Imperio y el Sistema Solar crecía día a día. Se rumoreaba que el conflicto era inminente.

Pero las fuerzas imperiales eran infinitamente superiores a las solares. El resultado de la conflagración sólo podría ser uno: la conquista del Sistema Solar por el Imperio.

Shelia extraía mineral a su lado. La joven permanecía casi constantemente callada.

Trabajaba y no hablaba más que lo preciso. Kaydin decidió que le debía una disculpa.

Al fin Y al cabo, él era la causa de que la hermosa Shelia hubiese sido condenada a morir lentamente en aquellos infernales yacimientos. Esperó a que la joven hubiese llenado su cazo y caminó paralelamente a ella en dirección al tren de transporte.

—Shelia, siento lo que te ha ocurrido —dijo a media voz—. En cierto modo, yo soy el culpable.

Ella le miró con sorpresa.

—¿Cómo? ¿Tú…?

—Sí. Yo era aquel terrestre que os hizo correr en vano tras una proyección mental. Lo siento, pero quería salvar mi vida.

—Tenía órdenes de apresarte vivo —dijo Shelia, repuesta ya de su asombro.

—Lo sé, pero hubiera acabado por ser condenado de todas las maneras. Únicamente traté de buscar una posibilidad de salvarme. No lo conseguí, como puedes ver —concluyó con una sonrisa.

Vertieron el mineral en sendos recipientes e iniciaron el regreso.

—¿Por qué hacías espionaje en favor de la Tierra? —preguntó Shelia mientras caminaban.

—Siempre fui un traficante del espacio —contestó él—. En Brocbar hay complejo de «espionitis», simplemente.

—No es cierto. El Sistema Solar quiere atacamos.

—Nosotros nos prevenimos para la defensa —alegó la joven.

—El Sistema Solar quiere vivir en paz con sus vecinos de la Galaxia. La propaganda imperial está destinada a crear un clima prebélico, que haga factible el ataque.

Shelia se quedó pensativa unos momentos.

—Es una definición incorrecta —dijo al cabo—. Vosotros, los terrestres, sois terriblemente ávidos de conquistar nuevos planetas y…

Kaydin se encogió de hombros.

—Como quieras —atajó aquellas palabras, producto de una bien dirigida propaganda brocbariana—. Estás aquí por mi culpa y sólo puedo hacer una cosa en tu favor: ayudarte en la evasión, si es que no piensas quedarte aquí hasta que tengas los huesos empapados por las radiaciones de la kranita.

—Evasión —dijo Shelia casi con temor—. Eso es imposible, Bob.

—Todo depende de la habilidad de cada cual. Si estás dispuesta a fugarte, házmelo saber antes de dos semanas. Llevo casi otras dos y ése es el plazo máximo de seguridad para mí.

Shelia se quedó muy pensativa.

—No sé —contestó—. Déjame reflexionar. Te daré mi respuesta… algún día, muy pronto, créeme.

—No te retrases —pidió Kaydin, hablando sin mover apenas los labios, mientras, una vez más, volvía a introducir el cazo en el mineral.

CAPÍTULO IV

Unos chillidos espantosos llamaron la atención de los condenados y les hicieron suspender momentáneamente su trabajo.

Kaydin, como los demás, volvió la vista hacia el lugar de donde procedían los gritos. Dos guardias volaban hacia el yacimiento, llevando suspendido a un individuo por las muñecas.

—Un idiota que se ha dejado atrapar —calificó Tunc. El desdichado se debatía furiosamente, pero, falto de apoyo, no podía hacer más que chillar y patear, sin beneficio alguno. La pareja de guardias se situó sobre el centro del yacimiento, a cuatro o cinco metros de altura, y luego, a una, lo dejaron caer a plomo.

Se oyó un tétrico chapoteo. El frustrado fugitivo se sumergió hasta el cuello en la masa de kranita. Sus brazos quedaron fuera y los agitó enloquecidamente, como si nadase para salvar la vida.

Los gritos que se escapaban de sus labios eran horrorosos. Shelia, estremecida, volvió la cabeza a un lado para no presenciar aquel espeluznante suceso.

Poco a poco, el cuerpo del condenado se fue hundiendo en aquello que parecía barro rojizo, de color algo más oscuro que el de la sangre. Un denso chorro de kranita llenó su boca y los gritos cesaron en el acto.

Segundos después, había desaparecido de la vista de todos los circunstantes.

—¡A trabajar, gandules! —rugió un guardia, desde el interior de su armadura antirradiación.

Los ojos de Shelia se clavaron en la cara de Kaydin.

—Estoy dispuesta a fugarme —dijo.

Kaydin hizo un pestañeo de asentimiento.

—De acuerdo. Ya te diré cómo y cuándo —contestó. Llevaron sendas cargas de kranita. Al volver, Kaydin preguntó:

—Shelia, ¿por qué disparasteis contra mi nave sin previo aviso?

Radiábamos constantemente nuestra identificación de astronave comercial —alegó.

—Ordenes, Bob —contestó ella.

—¿Ordenes? —repitió Kaydin, extrañado.

—Sí. Estabais en zona prohibida a toda nave no brocbariana e incluso a las naves brocbarianas comerciales. Había orden de disparar sin previo aviso, pero cuando informé de que lo había hecho y repetí tu identificación, captada a bordo de mi patrullera, se me ordenó capturar vivo al único superviviente que había escapado de la nave atacada.

Kaydin apretó los labios, sumamente pensativo. Entonces, los informes recibidos no eran tan inciertos como parecía.

Sería cosa de tenerlos en cuenta, se dijo, mientras reanudaba la monótona labor de extracción.

A la hora de la cena, conversó con Tunc. Una de sus frases finales del diálogo consistió en una pregunta:

—¿Qué es preciso hacer para apoderarse del aeromóvil de un guardia?

* * *

Dos días después, cerca de la madrugada, Kaydin lanzó un agudo grito:

—¡Un médico, un médico! ¡Me muero! ¡Socorro!

Uno de los guardias perdió altura y descendió hasta detenerse a un metro del suelo.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó de mal talante.

—El corazón… Siempre he padecido —jadeó Kaydin—, y ahora, con un trabajo tan duro.

Boqueaba agónicamente, como si le faltase aire para la respiración. Tenía los ojos casi en blanco y sus manos se abrían y cerraban convulsivamente.

—Me…, me muero… —dijo, con voz cada vez más débil.

Otro guardia se acercó al lugar.

—¿Qué le pasa a ese tipo? —preguntó.

—Se está muriendo. Un ataque al corazón, creo.

—¡Hum! ¡Mal asunto! Anda, carga con él y llévalo al cementerio. Al jefe no le gusta ver cadáveres en los cercados cuando se despierta por las mañanas.

—De acuerdo.

El primer guardia descendió hasta el suelo y agarró a Kaydin por una muñeca. Kaydin había dejado de moverse y apenas si respiraba.

Acto seguido, el vigilante se elevó por los aires. En el momento de ascender, Kaydin miró hacia abajo.

Tunc le hizo un guiño malicioso. Luego, con disimulo, realizó el signo brocbariano que servía para desear buena suerte: extender el pulgar derecho hacia arriba, encogiéndolo luego dos veces seguidas.

El suelo se deslizó rápidamente bajo los pies de Kaydin. Momentos después, habían salido de la zona de claridad de los reflectores y volaban bajo la luz refleja de los tres satélites de Brocbar.

El lugar donde se abandonaba a los moribundos estaba a siete u ocho kilómetros de distancia, en el fondo de una hondonada de regular profundidad. El suelo blanqueaba de huesos de miles de desdichados allí abandonados, la mayoría todavía con vida.

Un espantoso hedor subía de la hondonada. Aún había muchos cadáveres en proceso de putrefacción. Tremendamente civilizados en algunos aspectos, los brocbarianos eran bárbaros y salvajes en otros.

El guardia se situó directamente sobre el centro de la hondonada. Kaydin se dio cuenta de que lo iba a soltar, y se preparó para la fuga.

La distancia al suelo era de diez o doce metros, suficiente para matarse o, al menos, quebrarse unos cuantos huesos. Kaydin hizo una repentina flexión y alargó el brazo derecho, moviendo hacia abajo una de las palancas de gobierno del aeromóvil individual.

El guardia, sorprendido, gruñó coléricamente. Intentó reaccionar, pero el fondo de la hoya se acercaba rápidamente. Kaydin flexionó nuevamente los dos brazos y se encaramó en los hombros del brocbariano.

El golpe resultó fuerte, aunque la armadura protegió no poco a su ocupante. Kaydin se puso en pie de un salto y agarró el fusil radiónico, antes de que su aturdido propietario tuviera tiempo de reaccionar.

Le iba la vida en ello. El fusil emitió un corto chasquido y la armadura quedó inundada de una masa semilíquida, compuesta por carne y huesos triturados por la descarga en menos de un segundo.

Por fortuna, la armadura era hermética. Kaydin se ocupó de soltar los atalajes que unían el aeromóvil a la armadura y luego se los colocó sobre su cuerpo semidesnudo.

El aeromóvil lo elevó unos cuantos metros, en posición de sentado. Para viajes un poco largos, podía tenderse cómodamente, lo mismo que podía desplazarse en posición erguida. Llegó al borde de la hondonada y aguardó.

Todavía no había amanecido. De pronto, divisó un destello metálico a poca distancia.

Otro guardia se acercaba, llevando de la mano el cuerpo inerte de una persona. Por la larga cabellera, que flameaba suelta al viento de la marcha, Kaydin reconoció a Shelia.

Esperó, agazapado en el suelo. El guardia y Shelia le rebasaron. Entonces, se disparó hacia arriba y voló raudamente detrás de la pareja, fusil en mano.

—Shelia —llamó de pronto.

Ella abrió los ojos y le vio. El guardia se sobresaltó y quiso soltar a la joven, pero Shelia se había aferrado ya a su brazo con ambas manos.

El fusil radiónico se descargó de nuevo. Por inercia, el aeromóvil continuó volando. Las manos de Shelia se aferraban ahora al brazo derecho de una armadura que no protegía de las descargas radiónicas.

Kaydin se acercó a la joven y manejó los controles del otro aeromóvil. Segundos después, Shelia ponía los pies en el suelo.

Sus ojos brillaban con un fulgor renovado.

—Ha resultado —dijo.

Kaydin sonrió.

—Colócate los atalajes del aeromóvil —indicó—. Hemos de irnos de aquí antes de que se haga de día.

—De acuerdo.

Momentos después, Kaydin y Shelia volaban al máximo de potencia de sus propulsores, haciéndolo a ras del suelo, a fin de evitar ser vistos. En menos de un minuto, se adentraron en el desierto que se extendía por todas partes hasta perderse de vista.

* * *

—¿Tienes amigos en la capital? —preguntó Kaydin. Shelia dudó

en la respuesta.

—No sé qué decirte —habló al cabo—. Sí, tenía amigos, pero…

—Después de la condena ya no querrán saber nada de ti, ¿verdad?

Shelia bajó los ojos.

—Sí, seguro —murmuró.

A poco de amanecer, Kaydin había divisado una pequeña grieta en el suelo casi absolutamente llano y había decidido que pasarían allí el resto del día hasta que llegase de nuevo el período de oscuridad. Entonces reanudarían el viaje.

—Y tú, ¿tienes amigos en Brocbar?

Kaydin sonrió, mientras sus manos se movían continuamente.

—Lo probaré —repuso.

—Probarás, ¿qué? —Quiso saber Shelia.

—Si son realmente mis amigos o no quieren saber ya nada de mí. Bueno —agregó el terrestre—, en realidad, sólo voy a visitar a una persona. Espero que no me falle.

—¿Y si te rechaza?

—Tendría que hacer algo que no me gustaría en absoluto.

—¿Qué, Bob?

—Acogerme a la protección de la Embajada terrestre.

—Pero el Gobierno imperial podría reclamarte, Bob.

Kaydin volvió a sonreír.

—El embajador negará que yo me haya refugiado en la Embajada. Podría negarse a ello, pero permitirá un registro. Encontrarán a un Juan Pérez cualquiera, pero no a Robert Kaydin.

—Comprendo. Te disfrazarías, ¿no?

—En efecto. Sin embargo, no es eso lo que me gustaría hacer, Shelia.

—¿Prefieres correr el riesgo de visitar a tu amigo?

—Sí, pero no es amigo, sino amiga. —Kaydin contempló atentamente su obra y añadió—: Y creo que a ti también te acogerá con los brazos abiertos.

—Para ti los abrirá de mejor gana —sonrió Shelia.

—Eso habrá que verlo —contestó él, fijos los ojos en su obra.

Shelia se extrañó de la labor que el terrestre había realizado con su fusil radiónico, desenroscando el cañón y dejando solo la boca de la recámara a pocos centímetros del mecanismo de disparo y

almacenamiento de cargas radiónicas. La culata del arma había sido así mismo reducida en su mayor parte, de modo que el tamaño del arma resultaba ahora ligeramente superior al de la pistola solar que Kaydin había poseído antes de ser capturado.

—¿Qué es eso que haces? —preguntó.

—Suprimo estorbos —contestó él—. Uno de los principales inconvenientes de vuestro fusil es el desmesurado tamaño de su cañón y de su culata. De este modo, queda mucho más manejable.

—Pero la descarga apenas tendrá efectos… Kaydin sonrió.

—A cuarenta metros, no hará nada, mientras que un fusil radiónico es capaz de llegar fácilmente a los dos mil. Pero podré tirar sin apuntar al cuerpo de mi adversario e incluso alcanzar a varios a la vez. La descarga quedará corta, aunque extendida en un círculo de cuatro o cinco metros, ¿comprendes?

—Un truco muy ingenioso. A mí no se me hubiera ocurrido —confesó Shelia.

—Es que estas cosas sólo se le pueden ocurrir a un terrestre —dijo Kaydin jovialmente.

CAPÍTULO V

La pareja se detuvo al amparo de la oscuridad, a pocos kilómetros de la capital.

Las luces de la ciudad se divisaban a lo lejos, disipando las tinieblas en un amplísimo radio. Por las noches, Brocbar era un ascua de luz que medía casi cien kilómetros de lado.

Era una metrópoli colosal, centro y capital del Imperio Brocbariano, un verdadero emporio de riqueza y civilización… y también cuna y origen de bárbaras costumbres, que el transcurso de los siglos no había sido capaz de disipar.

—Esperaremos aquí —dijo Kaydin.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta el amanecer. La ciudad está muy vigilada por las noches, pero esa vigilancia decae a la madrugada.

Estaban en una zona boscosa, lindante con el desierto. Durante el día se habían abrasado de calor. Las horas que pasaron hasta la llegada de la noche, les parecieron interminables.

De pronto, Shelia dijo:

—Me parece que oigo rumor de agua corriente.

—Vamos a ver —propuso él inmediatamente. Estaban devorados por la sed. Momentos más tarde, se detenían a la orilla de un arroyo que corría entre orillas cubiertas de fresco césped.

Kaydin y Shelia calmaron el tormento de la sed.

Al terminar, ella, con los labios todavía húmedos, le miró sonriente en la penumbra.

—Ahora me siento mucho mejor —dijo—. Tengo hambre, pero no me importa tanto como la sed.

—Es natural. Sucede siempre así con todos los animales, incluido el ser humano.

Shelia asintió. De pronto, soltó una ligera risita y dijo:

—Tiene gracia. Perseguidor y perseguido unidos ahora para

salvar la vida. ¿No te parece una burla del destino?

—A mis hombres, si pudieran hablar, no les parecería una burla precisamente —contestó él muy serio.

—Perdóname, pero no tenía más remedio que obedecer órdenes —se disculpó Shelia.

—Claro… Bueno, no hablemos más de ese desagradable asunto. Esperemos ahora a que llegue la madrugada y entonces iremos.

—Todavía no me has dicho el nombre de tu amiga, Bob.

—Es verdad. Se llama Lill Bazosf.

Shelia le miró con ojos asombrados.

—¡Lill Bazosf! —repitió.

—¿La conoces? —preguntó Kaydin, asombrado.

—¿Quién no conoce en la capital a la hermosa Lill Bazosf? Es la dueña de la más famosa tienda de vestidos en cien años luz a la redonda. Sus modelos son inimitables…, pero se susurra que en su casa se desarrollan otra clase de negocios no tan lícitos.

—¿Qué negocios? —preguntó él.

—¡No te hagas el ingenuo! Si ella es tu amiga, tienes que conocer de sobra sus otras… actividades.

—Yo sólo me preocupaba de traerle sedas y tejidos terrestres que aquí no se encuentran —dijo Kaydin.

—¿De veras solo traficabas con Lill?

—Tu pregunta está cargada de malicia y por ello no quiero contestarla. Además, si nos va a ayudar, ¿qué diablos importa lo que haga en…?

Kaydin se interrumpió de pronto. Voces humanas acababan de sonar en las proximidades del lugar en que se hallaban.

—¡Los detectores señalan la presencia de dos personas a menos de cincuenta pasos, capitán! —gritó alguien.

—¡En ese caso, no hay duda! ¡Son los fugitivos! ¡Disparen contra ellos apenas los vean!

* * *

Shelia se quedó aterrada al oír aquellas palabras.

Kaydin, más acostumbrado a las aventuras, no perdió tiempo en actuar.

—Silencio —susurró, a la vez que se ponía en pie y tiraba de la mano de la joven brocbariana.

Los dos juntos corrieron hacia un árbol de grueso tronco, situado a pocos pasos del arroyo. Kaydin comprendió que estaban en desventaja con los componentes de la patrulla, que debían de usar gafas especiales para ver en la oscuridad.

Pasos rápidos sonaron en las inmediaciones. Una figura humana apareció de repente ante los ojos del terrestre.

Kaydin usó su arma a modo de maza. El soldado se derrumbó sin proferir un solo grito.

Inmediatamente, Kaydin se inclinó sobre él y le quitó el casco con las gafas de visión nocturna. Las tinieblas se disiparon ante sus ojos instantáneamente.

Recogió el fusil y se lo entregó a Shelia.

—Están dispuestos a matamos —murmuró—. Es tu vida la que está en juego.

Ella asintió. Acto seguido, Kaydin se asomó por el otro lado del árbol y divisó a lo lejos a tres soldados que corrían en aquella dirección.

—¡Por allí, por allí! —gritaba uno.

Kaydin esperó a que la distancia se hubiese reducido a veinte pasos. Entonces, apretó el gatillo y los tres hombres se desplomaron, convertidos en sendos montones de carne y huesos sin forma humana.

Shelia, por su parte, disparó contra otro soldado que se acercaba por el lado opuesto. Los gritos cesaron instantáneamente.

Un profundo silencio cayó sobre el bosque.

—Me parece que no queda nadie con vida —dijo Kaydin al cabo de un buen rato.

Shelia lanzó un gemido.

—He disparado contra uno de mis compatriotas…

—El cual estaba dispuesto a matarte sin el menor escrúpulo —dijo él—. Ya te he dicho que era tu vida la que defendías.

Shelia inspiró con fuerza.

—Sí, lo sé —contestó desmayadamente—. Pero ahora es cuando me he convertido en una proscrita, Bob.

—Proscrita en un Imperio donde las leyes se interpretan al capricho de unos cuantos desalmados —gruñó él rabiosamente—. Bueno, alejémonos de aquí, no sea que les dé por enviar otra patrulla a investigar.

—¿Crees que podremos llegar a casa de Lill Bazosf? —preguntó Shelia en tono de duda.

—Al menos, lo intentaremos —contestó él con voz firme.

* * *

La mayor parte de las luces continuaban encendidas, pero las calles estaban ya desiertas. Kaydin y Shelia, volando pegados a las paredes de los altísimos edificios, algunos de los cuales se alzaban a mil quinientos metros del suelo, llegaron por fin a una amplia terraza, situada en el piso cuatrocientos veinte de un rascacielos de atrevidísimo diseño.

El suelo de la calle quedaba a unos mil trescientos metros por debajo de ellos. Kaydin saltó a la terraza y extendió los brazos para ayudar a la joven a poner el pie en el piso.

—¿Aquí es dónde vive Lill? —preguntó.

—Sí. Esta terraza corresponde a sus habitaciones particulares. La planta inferior está destinada a exhibición de modelos y taller de costura.

—¡Toda una planta! —Se asombró Shelia.

—Es un hermoso negocio —sonrió él—. Al nivel de la calle tiene la tienda. Ven, sígueme.

Kaydin no quiso decide que su amiga tenía otra planta, en donde se alojaban las chicas que eran sus modelos. En aquella planta había también una sala de fiestas, a la que sólo tenían acceso ciertas personalidades pertenecientes a un círculo de amistades de la dueña severamente restringido.

Entrar en aquel círculo le había costado a él una pieza de la mejor seda natural terrestre. El resto había sido conseguido por su propio atractivo personal.

Atravesaron la terraza. Kaydin hizo deslizarse a un lado la puerta encristalada y cruzó un vasto salón, amueblado con un lujo que hizo parpadear a Shelia, poco acostumbrada a tales ambientes.

Segundos más tarde, Kaydin se asomaba a un amplio dormitorio. Tendida sobre una cama de enormes proporciones, durmiendo apaciblemente, se encontraba la dueña del departamento.

Kaydin presionó un interruptor situado en la jamba de la puerta. El techo se iluminó gradualmente, sin llegar a alcanzar el máximo de intensidad luminosa.

Lill Bazosf abrió los ojos, despertada en lo mejor de su sueño. Durante unos segundos, contempló a aquella extraña pareja, sin poder dar crédito por completo a lo que estaba viendo.

—¡Bob! —exclamó al fin, sentándose de golpe en la cama—. ¡Por los ochocientos planetas del Imperio! ¿De dónde sales?

Kaydin sonrió.

—Ya ves, nena —contestó—. Los yacimientos de kranita no me gustaban y me fugué de ellos, contando de antemano con tu benevolente ayuda. A propósito, te presento a una compañera de evasión, la capitana Shelia Rirkd. Shelia, ésta es Lill Bazosf.

Las dos mujeres se saludaron con una inclinación de cabeza. De pronto, Lill, sin cuidarse de la transparencia de su camisón, saltó al suelo y caminó hacia la pareja.

—Casi esperaba que vinieses aquí —sonrió—. ¿Qué buscas, Bob?

—Ayuda. Ropas en primer lugar, comida después… y luego otra cara nueva.

—Quieres eludir la persecución de la justicia, ¿verdad?

—Figúrate —sonrió el terrestre. Lill volvió los ojos hacia Shelia.

—Te veo en muy mal estado —dijo—. Un buen baño te sentará estupendamente. Luego te facilitaré ropas. Bob, tú te bañarás más tarde. Mientras tanto, ya sabes dónde está la dispensadora de alimentos.

—Tú eres de las sibaritas que tienen comida terrestre —dijo él sonriendo.

Lill le guiñó un ojo.

—Tienes una docena de minutas para elegir, todas ellas enteramente originarias de tu planeta.

—Se nota que sabes gastarte el dinero, Lill.

—No lo gano para que se enmohezca en el Banco, Bob. Vamos, Shelia, ven y te enseñaré el baño.

—Eres muy amable —agradeció la muchacha.

—No tiene importancia. Vienes con Bob y eso me basta

* * *

Kaydin estaba devorando una sabrosa costilla de cordero, acompañada con unas patatas fritas y regada con una cerveza de importación, cuando entró Lill, cubierta ya con un salto de cama, no mucho menos transparente que su camisón.

Era una mujer de impresionante belleza, muy rubia y de ojos glaucos. Según el módulo terrestre, había cumplido sobradamente los treinta años, pero aparentaba con facilidad y sin necesidad de química cinco o seis menos.

Lill cruzó los brazos bajo el opulento seno y miró a su huésped con la sonrisa en los labios.

—Estás en un aprieto, ¿verdad?

—Lo admito, guapa.

—Te acusaron de espionaje, pero lo negaste. Los noticiarios dieron información de tu juicio.

—No vi que te presentases a declarar en mi favor —gruñó él.

—La segunda acusación era irrebatible. El espionaje era ya más discutible, pero se probó concluyentemente que robaste una nave de patrulla y diste muerte a uno de sus tripulantes.

—Comprendo. De todas formas, no te preocupes, nena; ya sabré arreglármelas.

—¿Para continuar espiando?

Kaydin levantó los ojos hacia la hermosa mujer que tenía frente a sí.

—¿Qué te hace decir una cosa semejante? —exclamó.

—Tu petición de ayuda. No has ido a refugiarte directamente a tu Embajada, sino que has venido a verme para pedirme, más que otra cosa, una cara nueva. No soy tonta, Bob.

—Por eso has levantado este imperio de la moda, que la dicta en cien años luz a la redonda —sonrió él.

—Sí, vas a continuar tu labor de espionaje —insistió la brocbariana—. Es más, incluso estoy en condiciones de decirte qué es lo que buscas, aunque no el lugar en que se encuentra, por supuesto.

Kaydin se quedó parado al oír aquellas palabras.

Luego, lentamente, preguntó:

—Y… ¿qué es lo que busco, preciosa?

—El Centro Emisor de Energía Radiante, del cual depende la flota imperial para sus desplazamientos interestelares. Destruido el CEER, la flota quedará inoperante y la amenaza contra el Sistema Solar habrá desaparecido.

CAPÍTULO VI

Kaydin terminó de roer el hueso de la chuleta y lo lanzó sobre el plato. Se limpió labios y dedos con una servilleta y se puso en pie.

—Se oyen muchas cosas en tu casa —comentó.

—Me interesa almacenar conocimientos —declaró Lill fríamente —. Luego, muchas veces, resultan útiles. A mí no puedes negarme cuál es la verdadera naturaleza de tu profesión, Bob. Tú y yo nos conocemos sobradamente bien para no engañamos.

Kaydin la miró impasible.

—Tú eres brocbariana —dijo—. ¿Qué opinas de los proyectos de anexión que ha elaborado
Wówasc CVIII
, con la ayuda de su estado mayor, en el que figuran el primer ministro Han Raloo y el gran primer almirante Yugar Thess, como elementos más distinguidos?

—Esas cosas no me interesan a mí en absoluto, Bob. Tú ya conoces mi oficio y sabes que esto es lo único que me importa. ¿Cómo voy a tener interés en un conflicto en el que no voy a intervenir y en una guerra que se va a librar a cientos de años luz de distancia?

—Los atacados opinarán de muy distinta manera, Lill.

—Sí, lo sé, pero ¿puedo evitarlo por ello? En las salas de mi segunda planta se ha hablado del CEER, pero también puedes oír hablar de ese centro por las calles. Lo que ya será más difícil es que encuentres a alguien que te diga dónde está.

—Quizá tengas razón —convino Kaydin con una sonrisa—. Por mi parte, lo único que puedo hacer es darte las gracias por la ayuda que nos prestas.

Lill sonrió de una forma especial.

—Lo hago por ti, terrestre —contestó, a la vez que avanzaba insinuante hacia él.

Se colgó de su cuello.

—¿Lo has pasado muy mal en los yacimientos de kranita, Bob?

—Imagínate, Lill.

—Pero eso se ha acabado ya.

—Siempre que no me pesquen otra vez.

—No te atraparán.

Lill hablaba con los labios casi pegados a los del terrestre, de modo que éste percibía su aliento perfumado y notaba contra su pecho el fuerte latir del seno de la brocbariana. Lentamente, los brazos de Kaydin cerraron la cintura de Lill y los labios de ambos se confundieron en un ardiente beso.

Todavía estaban así cuando, de repente, en la puerta de la salita, sonó una exclamación de sorpresa.

—¡Oh! —dijo Shelia—. Ustedes perdonen. No sabía que…

Kaydin quitó vivamente los brazos de la cintura de Lill. La brocbariana se separó sin prisas.

—No hay nada que perdonar, querida —contestó blandamente —. El capitán Kaydin y yo somos viejos conocidos y estábamos recordando gratos momentos ya pasados.

Se acercó a Shelia, que estaba envuelta en una bata de baño, y la tomó por la mano.

—Ven aquí, muchacha —dijo en tono persuasivo—. Estás hambrienta y eso es algo que no puedo consentir.

Shelia abrió los ojos enormemente cuando vio los manjares que contenía su plato.

—¡Comida terrestre! —exclamó—. ¡Pero esto debe de costar una fortuna!

Lill miró a Kaydin y le guiñó un ojo maliciosamente.

—Todo depende de quien sea el proveedor, ¿no es cierto, Bob?

—Así es —convino el terrestre con amplia sonrisa—. Lill, ahora quiero hacerte una pregunta. ¿Qué hay de mi cara nueva?

—¿La necesitas pronto?

—Cuanto antes mejor, y no sólo necesito una cara, sino también ropas… y algo de dinero, por supuesto.

Lill puso una mano en el robusto brazo del terrestre y le contempló con aire posesivo.

—Lo tendrás, tendrás todo lo que has pedido —afirmó.

—Y también otra cara nueva para Shelia —dijo Kaydin.

—Por supuesto —accedió Lill; pero el terrestre notó ahora que el acento de la brocbariana tenía un punto menos de amabilidad que en sus anteriores respuestas. ¿Celos de Shelia? Absurdo, se dijo; en cuanto hubiese cambiado de aspecto, se separaría de su compañera de cautiverio y no volvería a verla más.

La misión de encontrar el CEER y destruirlo ocuparía todos los minutos de todos los días mientras se encontrase en Brocbar.

* * *

El hombre era de mediana estatura y de unos cincuenta años terrestres. Tenía el cráneo casi completamente pelado y sus cejas picudas y las incoloras pupilas de sus ojos denotaban en el acto su origen: VIII Sistema de Beta de Orión.

Con singular habilidad, terminó de dar los últimos toques a la cara de Kaydin, con una espátula y un pequeño pincel, que no tendría más allá de una docena de pelos, y luego dirigió hacia las facciones recién «construidas» el chorro de aire caliente de un secador.

Kaydin permanecía inmóvil, sin despegar los labios, limitándose solamente a respirar. Pasados algunos minutos, el orionita cerró el contacto y el aire dejó de dar en la cara del terrestre.

—Ya puede usted hablar y hacer cualquier gesto, capitán —dijo el artista, a la vez que le tendía un espejo con mango de oro y piedras preciosas.

Kaydin contempló su nuevo rostro. El pelo era ahora muy negro y sus pupilas también habían cambiado. Sobre el labio superior tenía un frondoso bigote y sus mejillas eran angulosas, a la vez que su mandíbula se había hecho cuadrada.

—El cambio es total —musitó.

—Si estuviera casado, no le reconocería su propia esposa —sonrió el orionita, mientras empezaba a recoger sus bártulos.

Dos personas entraron en aquel momento en la estancia. Eran Lill y Shelia.

—¿Has terminado ya, Frogey? —preguntó Lill.

—Mire usted al capitán, señora —sonrió el interpelado.

Lill sonrió.

—¿Quién es ese hombre que está ahí sentado? —exclamó alegremente.

Kaydin se puso en pie.

—Me llamo
Q'arba
, honorable señora, y procedo del II Sistema de Altair, —se presentó en tono de buen humor.

Frogey carraspeó en aquel momento.

—Señora…

—Ah, sí, es verdad; olvidaba tus honorarios —dijo Lill.

Una moneda voló por los aires y fue a parar a las manos del orionita. Era de diamante puro, con un aro de platino en el canto. El diamante estaba tallado con la efigie del emperador en el anverso y el sello del Imperio en el reverso.

—¡Cien mil créditos! —exclamó Frogey, pasmado—. ¡Es toda una fortuna!

—Tu trabajo lo vale, pero también te pago el silencio —dijo Lill —. Adiós, Frogey.

—Sí, señora. Señorita, capitán…

El orionita se marchó. Kaydin contemplaba a Shelia, cuya transformación no había sido menos radical.

Ahora la joven se había convertido en una espléndida rubia de ojos azules, con melena corta, a lo paje, y vestía una simple blusa, pero de legítima seda terrestre y unos pantalones cortos, muy ajustados a sus esbeltas caderas. Nadie hubiera reconocido en aquella hermosa mujer a la deprimida condenada que pocos días antes extraía kranita del yacimiento.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Lill cuando estuvieron solos los tres—. Shelia se queda aquí, conmigo; voy a instruirla como modelo. Tiene figura y condiciones y creo que también tendrá éxito.

—¿Y lo quiere ella? —Dudó Kaydin.

—Por supuesto —dijo la interesada fríamente.

Kaydin arqueó las cejas, sorprendido por el tono de la respuesta, pero, casi en seguida, se encogió de hombros.

—Es asunto suyo —dijo. Miró a Lill—. Yo me marcho a ver a un buen amigo. No sé cuándo volveré por aquí —agregó.

—Siempre estaré dispuesta a recibirte, sea la hora que sea cuando llames —dijo Lill cálidamente.

Se acercó a una mesita y tomó una billetera, que puso en manos de Kaydin.

—Cincuenta mil créditos en billetes del Banco Intergaláctico —dijo—. Billetes pequeños, para que no sospechen de ti.

—Piensas en todo —sonrió Kaydin—. Algún día podré pagarte, Lill.

—Ya sabes cómo —respondió ella, dirigiéndole una mirada incendiaria.

Kaydin volvió luego los ojos hacia Shelia.

—Adiós y buena suerte —se despidió.

—Buena suerte —contestó escuetamente la brocbariana.

* * *

Era reconfortante caminar por las espaciosas calles de la capital sin tener que mirar por encima del hombro ni recelar cada vez que se tropezaba con algún guardia en su camino. Los tipos como él eran corrientes en Brocbar.

Había recorrido sesenta kilómetros de trayecto en una cinta transportadora subterránea. Todos los servicios públicos eran gratuitos en Brocbar, aunque el fisco tenía muy variados medios de extraer dinero a los súbditos del emperador. Y los castigos por la evasión de impuestos no tenían nada de benignos.

Kaydin recorría a pie los últimos centenares de metros de su trayecto. Su amigo se llamaba Jav Diener y era un tipo que sabía muchas cosas.

Kaydin había pensado ya en él desde el primer momento. En apariencia, Diener era un traficante menor. La realidad era muy otra.

Diener dirigía una importante red de contrabando, en la que se incluía hasta la kranita. Sus «empleados» llegaban a los más remotos confines de la Galaxia y siempre recogían informes que Diener almacenaba para su posterior utilización, si lo estimaba necesario.

Kaydin le había hecho algunos favores en tiempos.

Diener le había pedido artículos terrestres que en Brocbar no se encontraban o no estaban permitidos. Kaydin le había cobrado siempre unos precios ridículos, por lo estrictamente justos, y nunca había querido abusar de su amigo, precisamente para tenerlo a su lado el día que necesitara su ayuda.

Ese día había llegado ya, creía.

Entró en el edificio donde vivía Diener. Un ascensor rápido le llevó al piso 237 en cuestión de segundos. Salió a un corredor de suelo mullido y se dirigió hacia una puerta señalada con el número IV.

Llamó. El ocupante del piso no contestó.

Kaydin volvió a llamar. El silencio de Diener le preocupó.

Su amigo era hombre poco dado a abandonar su domicilio. Todos sus negocios eran dirigidos desde allí y, por supuesto, sin ningún papel. Diener poseía una memoria fabulosa y todos los datos que conocía estaban almacenados en su cerebro.

Kaydin agarró el pomo y lo hizo girar. Asomó la cabeza y llamó:

—¡Jav!

El silencio dentro del piso era absoluto. Kaydin avanzó unos cuantos pasos y entonces fue cuando vio unos pies que asomaban por detrás de un diván.

CAPÍTULO VII

Kaydin dio la vuelta y miró lo que había detrás del diván.

Respiró con fuerza. La cuerda que Diener tenía en tomo al cuello indicaba sobradamente la suerte que había corrido.

—¿Un ajuste de cuentas? —pensó.

Se le hacia demasiado cuesta arriba admitir semejante posibilidad. Diener había sido siempre hombre muy precavido y, Kaydin lo sabía por experiencia, en la puerta había un detector de metales. Así Diener sabía quién venía armado a visitarle y le obligaba a dejar el arma antes de la entrevista.

Era evidente que el asesino conocía esto y había obrado en consecuencia. La cuerda no influenciaba el detector y era tan segura como el puñal o la pistola radiónica.

Al cabo de unos segundos, se arrodilló junto al cadáver de su amigo, procurando hacer abstracción del horrible espectáculo que eran sus facciones deformadas por la agonía del estrangulamiento. En los bolsillos de su ropaje no encontró nada interesante.

¿Había perdido el viaje?, se preguntó.

Una rápida inspección de la casa, decorada con modestia buscada a propósito, le dijo bien pronto que todo estaba en orden. El ajuste de cuentas debía ser descartado, por tanto.

Un asesino, que hubiese cometido su crimen por considerarse defraudado en su trato, habría revuelto la casa de arriba abajo, buscando una compensación económica. Allí no se veía nada que corroborase semejante hipótesis.

Por tanto, la muerte de Diener se debía solamente a una causa: conocía la ubicación del CEER.

El espionaje brocbariano trabajaba efectivamente y sus agentes no tenían nada de tontos, reconoció Kaydin desanimado, mientras se disponía a marcharse.

Pero todavía podía conseguir algo. También conocía al hombre

de confianza de Diener, porque el muerto, que no solía confiar en nadie, tenía un acólito que era prácticamente su mano derecha en los asuntos de contrabando.

Kaydin sabía dónde encontrar al individuo. No conocía su domicilio, por lo que tendría que aguardar hasta la noche, a fin de buscarle en el lugar a donde solía acudir a diario para pasar un rato de agradable diversión.

* * *

Entró en la taberna, llena de gente y de ruidos. Era un local amplísimo, con escenario, en donde unas cuantas orionitas de cuerpos esculturales hacían ostentación de sus gracias físicas, sin que la clientela masculina les prestase apenas atención.

El establecimiento tenía un nombre pomposo e irónico: La Copa de Kranita. Una humorada de su dueño, pensó Kaydin.

Entre la clientela figuraban hermosas mujeres, de todos los tonos de piel y procedentes de los más remotos rincones de la Galaxia. Incluso había algunas terrestres. El dinero corría en abundancia.

Poco a poco, luchando con la marea humana que invadía el local, Kaydin se acercó al mostrador, de cincuenta metros de largo y situado sobre un estrado de tres peldaños, lo que proporcionaba a los clientes una visión dominante de la taberna. Le pareció un milagro encontrar un hueco y pidió una copa de vino polariano a una de las atareadas camareras que servían en el mostrador.

El vino era bueno y chasqueó la lengua complacido.

Recostado en el mostrador, trató de encontrar visualmente a Ruct Briarf, el hombre de confianza del difunto Diener.

Tardó un poco, pero lo vio al fin, sentado a una mesa, en compañía de una hermosa mujer. Kaydin meditó algunos segundos acerca del plan a seguir para entrevistarse con Briarf.

Una atractiva camarera pasó por su lado, portando una bandeja llena de copas. Kaydin puso un billete de cincuenta créditos sobre la bandeja.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó ella maliciosamente.

—Primero, búscame un reservado. Luego dile a Briarf que un amigo suyo quiere hablarle a solas. Tú conoces a Briarf, supongo.

La camarera le guiñó un ojo.

—¿Quién no le conoce? —respondió. Hizo desaparecer el billete en el escote y añadió—: El número dos está libre. Ve allí y espera.

—Llévame una botella de vino polariano y dos vasos.

—De acuerdo.

Kaydin terminó el vino y puso un billete sobre el mostrador. Luego, lentamente, caminó hacia la escalera que conducía al piso superior, donde estaban los reservados.

Esperó cosa de diez minutos. La camarera había servido ya el vino.

La puerta se abrió de pronto. Briarf apareció en el umbral y miró al joven recelosamente.

—Me han dicho que alguien me esperaba aquí —dijo.

—Entre —invitó Kaydin cortésmente—. Soy Q'arba, de Altair. ¿Una copa de vino de la Estrella Polar?

—Bueno —aceptó el recién llegado, sin abandonar su actitud de recelo.

Kaydin llenó las copas. Entregó una a Briarf y se quedó la otra.

—Usted trabaja para Diener —dijo.

—Es posible —contestó Briarf con acento suspicaz.

—Posible, no; seguro —afirmó el terrestre.

—Sabe usted muchas cosas de mí, Q'arba.

—Tengo motivos para saberlas. También sé que se ha quedado usted sin jefe.

Briarf suspendió el viaje de la copa a sus labios.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó hoscamente.

—Diener ha sido asesinado. Estrangulación. El brocbariano se quedó sin habla.

—¡Imposible! —exclamó, pasados algunos segundos—. ¿Por qué diablos iban a asesinarle?

—Diener tenía muchos enemigos, pero, probablemente, conocía un secreto que no interesaba se divulgase. Es muy posible que usted lo conozca también.

Briarf dejó la copa sobre la mesa.

—Oiga, amigo, si cree que yo tenía algo que ver con Diener…

Kaydin sonrió.

—Si no lo creyera, no le habría hecho venir al reservado —dijo.

—¿Policía? —preguntó Briarf recelosamente.

—En todo caso, no brocbariano.

Kaydin sacó un fajo de billetes y lo arrojó sobre la mesa.

—Seis mil —anunció fríamente.

Briarf fijó la vista en los billetes. Se lamió los labios y luego miró a su anfitrión.

—¿Qué es lo que desea saber?

—En Brocbar, mejor dicho, en el Imperio, hay un lugar desde donde se emite la energía radiante que proporciona impulso y fuerza a las astronaves de la flota brocbariana. Es posible que Diener haya comentado con usted alguna cosa al respecto.

—De modo que eso era lo que quería saber —murmuró Briarf.

—Sí. ¿Le parece poco seis mil créditos? Briarf movió la cabeza negativamente. —Está bien, pero…

—Pero ¿qué?

—Soy brocbariano. Usted es altairiano.

Kaydin se echó a reír.

—Ruct, no presuma usted de lo que no es —dijo—. Usted nació en el VIII Sistema de Vega. No me venga ahora con el estúpido orgullo de una nacionalidad que ni siquiera es la suya.

Briarf enrojeció.

—Usted lo sabe todo —gruñó.

—Menos lo que le he preguntado antes. Contésteme, Ruct.

—Está bien —dijo Briarf—. Sí, Diener lo sabía y lo comentamos en una ocasión. El viejo decía que sería una buena cosa, si se pudiera hacer un chantaje al gran primer almirante.

—Si lo hubiera intentado, Thess habría enviado a un pelotón de marinos y Diener hubiese acabado en los yacimientos de kranita.

—Por eso no hizo el chantaje —sonrió Briarf—. Usted sí quiere hacerlo, ¿verdad?

—Es posible. Vamos, ¿dónde está ese maldito CEER?

—Según me dijo Diener, está en…

Briarf se interrumpió de pronto. Una expresión de agonía apareció súbitamente en su rostro.

El cuerpo del contrabandista se retorció epilépticamente. Kaydin le miraba con ojos de pasmo. Unos segundos después, Briarf cayó al suelo y se quedó inmóvil.

Kaydin se dio cuenta entonces de la pequeña rendija que había en la puerta. Alguien la había abierto sin que, enfrascado en su conversación con Briarf, se hubiese percatado del detalle.

El instinto le hizo saltar a un lado, medio segundo antes de que una mano se asomase por la rendija, empuñando algo parecido a un tubo de metal, de dos centímetros de grueso y doce de longitud. El tubo escupió un silencioso fogonazo.

Kaydin oyó claramente el impacto del proyectil contra la pared situada a sus espaldas. La puerta se cerró bruscamente.

El terrestre se puso en pie y saltó hacia la puerta.

Intentó abrirla, pero le fue imposible; el asesino había puesto el pestillo exterior de seguridad.

Kaydin torció el gesto. Si quería salir del reservado, tendría que llamar a alguna camarera. El cadáver de Briarf le pondría en un aprieto.

De pronto, escuchó un débil quejido. Volvió la cabeza y vio a Briarf moviéndose débilmente.

—Me…, me abraso… —se quejó el moribundo. Kaydin se arrodilló a su lado y le dio la vuelta.

Todo el pecho de Kaydin era una mancha rojiza, pero no debido a la sangre.

Aquel color se debía al proyectil térmico que hacía hervir sus órganos internos. Miró hacia la pared y vio que en el lugar del impacto brotaba una columnita de humo.

Briarf volvió a quejarse. Kaydin se inclinó sobre él.

—¿Dónde está el CEER? —preguntó ávidamente.

—En Javaiv…

Briarf no dijo más. Una repentina convulsión sacudió violentamente su cuerpo. Dobló la cabeza a un lado y se quedó inmóvil.

«Javaiv…», repitió Kaydin pensativamente. ¿Dónde diablos estaba aquel lugar?

Pero ahora, lo más importante era solucionar aquel conflicto. Si le encontraban junto al cadáver de Briarf, la policía brocbariana le metería en un buen aprieto.

Era una lástima no tener a mano una pistola terrestre desintegrante. Le habría evitado un trabajo nada cómodo por lo peligroso.

Se acercó a la ventana del reservado. Daba a una especie de patio, sin duda el de transporte y carga del edificio. Precisamente por eso mismo estaban los reservados en aquel ala; de lo contrario, no habrían merecido el nombre.

El patio estaba solitario. Kaydin apagó la luz y se dispuso a emplear aquella vía de escape.

* * *

Volvió veinticuatro horas más tarde a la taberna. Era preciso continuar las investigaciones. Tenía que alcanzar su objetivo antes de que fuese demasiado tarde.

Estuvo en el mostrador un rato. De pronto, divisó una mesa vacía y la ocupó.

Una camarera se le acercó en el acto. La mujer puso ambas manos sobre la mesa, inclinándose mucho, a fin de mostrar generosamente sus indudables encantos físicos.

—Te ha gustado el local —dijo sonriendo.

—Tú me gustas mucho más —contestó Kaydin—. Pero, desgraciadamente, no he venido aquí a divertirme.

—Una lástima… claro está que yo también trabajo. Me llamo Fryena.

—Encantado, Fryena. Mi nombre es Q’arba. Quiero preguntarte una cosa.

—Habla —invitó la camarera.

Kaydin mostró un billete de cien créditos.

—Anoche asesinaron aquí a un hombre —dijo.

—No me hables —contestó Fryena, haciendo desaparecer el billete en su escote—. La policía nos mareó a preguntas.

—Me lo imagino. Ese hombre estaba ayer conversando con una joven. Tú la conoces, creo.

Fryena sonrió.

—Es muy guapa —dijo.

—No me interesa su belleza. Tú me gustas más…, pero necesito hablar con ella.

—Hoy no ha venido. De todas formas, trataré de averiguar quién es.

—Y dónde vive también, no lo olvides.

—Descuida.

Fryena se alejó con ostentoso contoneo de caderas.

Hermosa, pero basta, pensó Kaydin, mientras suspiraba por un cigarrillo.

Pero aunque hubiese tenido tabaco, no habría fumado; de lo contrario, su origen terrestre se habría hecho visible en el acto. Los habitantes del Sistema Solar eran los únicos fumadores de la Galaxia.

Pasados algunos minutos, vino Fryena con una copa sobre una bandeja. Al dejar la copa, Kaydin vio un minúsculo trocito de papel adherido al pie. Fryena le hizo una seña con los ojos y Kaydin contestó con otro gesto análogo.

La camarera se alejó. Kaydin se dispuso a coger el papel, en donde sin duda estaba escrita la dirección de la acompañante de Briarf. Pero no llegó a hacerlo.

Los ojos se le dilataron por el asombro. ¿Soñaba… o era Tunc en realidad aquel individuo que entraba en aquellos momentos en la taberna?

CAPÍTULO VIII

El gigantesco individuo no venía solo. Le acompañaban tres o cuatro más, todos de su misma catadura. Bajo los ropajes que vestían, Kaydin adivinó más de una pistola térmica.

Tunc entró riendo y alborotando. Sus palabras eran coreadas con estruendosas carcajadas por sus acompañantes. A Kaydin no le hizo la menor gracia la presencia del individuo.

Lo mejor, se dijo, era escabullirse del local cuanto antes. Claro que no tenía nada que temer; la transformación realizada en sus facciones le ponía a cubierto de un posible reconocimiento por parte de su excompañero de trabajos forzados.

Despreocupándose de Tunc, leyó las pocas palabras escritas en el papel que le había entregado Fryena. El nombre era Tuwia Kargl y la dirección estaba escrita en cifras: 77, 17 433, 201, XXIII.

Kaydin conocía el sistema de numeración de la topografía urbana brocbariana. Aquellos números querían decir, simplemente, que Tuwia Kargl vivía en la Línea 77, número 17 433, piso 201, departamento número XXIII.

Hizo una bolita del papel y se lo puso en la boca.

Un trago de vino polariano sirvió para enviarlo al estómago.

De repente, se produjo un gran alboroto en el mostrador.

Sonaron voces coléricas. Un cuerpo humano salió catapultado y cayó sobre una mesa cercana, que se quebró ruidosamente.

El hombre se levantó como si hubiera sido de goma y saltó de nuevo hacia el mostrador. Tunc soltó una estentórea carcajada y, agarrando nuevamente al individuo por la cintura, lo levantó en vilo y lo despidió a gran distancia.

Kaydin se lanzó precipitadamente a un lado, esquivando aquel bólido humano que se le venía encima. Su mesa quedó casi

pulverizada por el impacto.

Tunc agitó una mano alegremente.

—Perdona, hermano, pero la cosa no iba contigo —dijo.

Kaydin se puso en pie. A su lado, el sujeto se incorporaba con visibles muestras de dolor. El segundo golpe había resultado irresistible.

—A mí no me hubieras hecho eso —dijo alguien de pronto.

Tunc frunció el ceño. Delante de él, había un individuo con una de sus manos metida en el interior de la blusa. Kaydin adivinó que el sujeto escondía un arma bajo los ropajes.

—¿Tienes tú algo que ver con ese tipo? —preguntó.

—Es mi hermano —declaró el sujeto.

Tunc hizo un gesto con la mano.

—Ven, guapo; acércate y verás si hago contigo lo mismo o no — dijo provocativamente.

El hombre se acercó. Puso un pie en el escalón.

De repente, uno de los amigos de Tunc le arrojó una botella a la cabeza.

La botella se perdió en el vacío, merced a que el individuo se había agachado velozmente. Casi en el acto, sacó su pistola térmica, pero no llegó a empleada.

El lanzador de la botella se le anticipó, disparándole un proyectil térmico, cuyo impacto hizo girar violentamente al individuo. Kaydin se agachó en el momento en que era disparado un segundo proyectil térmico, éste salido de una pistola que empuñaba Tunc.

El proyectil zumbó agudamente junto a su hombro derecho y fue a abrasar una mesa, cuyos ocupantes huyeron despavoridos. Kaydin agarró un taburete y lo arrojó hacia Tunc con todas sus fuerzas.

El pequeño mueble alcanzó la mano de Tunc, desarmándole en el acto. Kaydin estaba seguro de que Tunc había querido eliminarle.

—Espero que la próxima vez tengas mejor puntería y no me tomes a mí como blanco —dijo coléricamente.

Tunc se frotaba con fuerza la muñeca afectada.

—Dispensa, hermano; no tengo nada contra ti. Fue un accidente.

Kaydin no tenía ganas de enzarzarse en una discusión. Era preferible simular que creía al gigante.

—De acuerdo —sonrió.

—Ven a tomar una copa conmigo —invitó Tunc—. Quiero

disculparme por mi error. —Gracias, pero ya me iba. Adiós.

Sabía que la policía acudiría pronto. No quería verse envuelto en un jaleo del que poco bueno podía salir para él.

Podía ocurrir que la policía se lo llevase para interrogarle. Por supuesto, el interrogatorio no sería realizado por un comisario, sino por una máquina.

Kaydin no conocía todavía a nadie que hubiese eludido una respuesta verídica a una máquina de interrogar. La primera pregunta que le haría el artefacto sería referente a su nombre y lugar de nacimiento.

Y no podría contestar que era
Q’arba
, de Altair, porque no era verdad.

* * *

En Brocbar podía encontrarse de todo, siempre que se dispusiera de dinero para hacer la compra.

Kaydin examinó la pistola térmica que le ofrecía el vendedor. Era un brocbariano que parecía tener más de ciento cincuenta años, de ojos menudos, pero aún perspicaces, y piel apergaminada y llena de arrugas.

—¿Funciona? —preguntó recelosamente.

—Mis artículos son siempre genuinos y garantizados —contestó el viejo orgullosamente.

—Terrash, que nos conocemos —dijo Kaydin con sorna. Lanzó la pistola sobre la mesa desdeñosamente—. Ese trasto no abrasaría a un mosquito. Cuando yo pido una pistola térmica, no pido un martillo. Si quiero un martillo, te lo pediré, ¿estamos?

Terrash no se inmutó.

—Te costará mil doscientos créditos y doscientos más por diez cargas —dijo.

—Conforme.

—Y cincuenta créditos por la funda y el arnés.

—Condenado usurero —gruñó Kaydin—. ¿Me cobrarás también el aire que estoy respirando en tu infecta tienda?

Terrash soltó una risita.

—Va incluido en el precio de la pistola —contestó. El arma valía menos de una tercera parte, pero era preciso comprarla en una

armería legal. La compra efectuada a Terrash le evitaba enojosos trámites.

Minutos después, salía a la calle con el arma bajo las ropas.

—Ah, si tuviera mi pistola solar —suspiró, mientras se encaminaba hacia la casa donde vivía Tuwia Kargl.

* * *

El edificio donde vivía la amiga de Briarf era, pese a su altura, primitivo y tosco en comparación con otras construcciones muy posteriores. Tratábase de una inmensa colmena de forma casi cúbica, de cerca de mil metros de base y otros tantos de altura.

El piso 201 estaba a más de seiscientos metros sobre el nivel de la calle. Los ascensores eran del tipo más anticuado, instalados cuando no se había podido todavía reducir un motor antigravitatorio para hacerlos funcionar al máximo de rapidez.

Kaydin salió al corredor, pobremente iluminado. La gente que residía en aquel edificio no se distinguía precisamente por su prosperidad económica.

El corredor hacía varios recodos en ángulo recto.

Kaydin fue mirando las cifras de cada puerta, hasta llegar a la numerada con el XXIII.

La XXII estaba al doblar la próxima esquina. De pronto, oyó pasos que se acercaban.

Kaydin se paró en el acto. Tal vez aquella persona se detuviera en alguno de los apartamentos siguientes al que buscaba.

Los pasos cesaron muy cerca de la esquina. Kaydin frunció el ceño. ¿Quién venía a visitar a Tuwia?

Cautelosamente, asomó la cabeza. Parpadeó asombrado. Aquella corta melena rubia…

—¡Shelia! —exclamó, sin poder contenerse.

La joven brocbariana, enormemente sorprendida, volvió la cabeza.

—¡Bob! ¿Qué haces aquí?

Kaydin se dejó ver por completo.

—Lo mismo podría preguntarte yo, ¿no crees? Shelia se mordió los labios.

—La dueña de este piso es amiga mía —dijo.

—Ya —sonrió él—. Tan amiga, que vienes a visitarla pasada la

medianoche. ¿Es oficial de las patrullas del espacio?

—No, pero…

Kaydin hizo un ademán con el brazo.

—Anda, llama —invitó—. Entraremos los dos a ver a Tuwia. ¿No era eso lo que querías?

El índice de Shelia se apoyó sobre el llamador.

—Sí, será mejor que la entrevistemos conjuntamente —admitió.

La puerta se abrió instantes después. Una mujer, suelta la cabellera y envuelta en una bata, apareció ante los ojos de ambos jóvenes.

—¿Qué es lo que desean? —preguntó malhumoradamente.

—Ella es amiga suya, Tuwia —dijo Kaydin con acento de ironía—. ¿No la conoce?

—Jamás he visto a esa mujer —declaró Tuwia de forma tajante—. Y usted, ¿quién diablos es?

—Amigo de Ruct Briarf.

Hubo una pausa de silencio. El pecho de Tuwia se agitó con cierta violencia.

—Ruct y yo éramos muy amigos —añadió Kaydin—. Precisamente iba a entregarle dos mil créditos que le debía, cuando recibí la noticia de su muerte. Pienso que a él le hubiera gustado que ese dinero fuese entregado a una persona a la que él apreciaba mucho.

El talante de Tuwia cambió de inmediato. Sonrió amablemente, a la vez que se echaba a un lado.

—Pasen, por favor —invitó con toda cortesía.

Shelia entró, seguida del terrestre. Kaydin pudo apreciar en el acto la poca habilidad que había tenido Tuwia para decorar su departamento.

—¿Quieren beber algo? —preguntó Tuwia.

—Gracias, pero nuestra visita va a ser relativamente corta —anunció Kaydin.

—Imagino que vienen a preguntarme cosas sobre Ruct —dijo Tuwia—. Antes de hablar, venga el dinero.

Tuwia alargó la mano derecha, mientras la izquierda se apoyaba en una de sus opulentas caderas. Kaydin sacó los billetes y empezó a contarlos.

—El dinero a cambio de una pregunta, Tuwia —dijo.

—Hágala.

—Ruct era un contrabandista, no vamos a engañarnos, Tuwia. Usted sabe dónde hizo su último viaje de… negocios. Dígamelo y tendrá en el acto los dos mil créditos —aseguró Kaydin.

CAPÍTULO IX

Hubo un momento de silencio. Tuwia miraba al terrestre con aire de perplejidad.

—¿Viaje? —repitió ella al cabo—. Ruct no solía viajar…

—Pero a veces lo hacía. Diener lo enviaba a buscar ciertos artículos prohibidos, cuyo transporte sólo podía confiar a hombres de su absoluta confianza, como lo era Ruct Briarf.

Shelia escuchaba atentamente. Después de una ligera vacilación, Tuwia dijo:

—Bueno, es cierto; Ruct viajaba a veces. Sin embargo, nunca me dijo adónde iba ni con qué motivos.

—¿De veras?

—Así es, aunque no me crea. Y, francamente, ¿qué diablos me importaban a mí sus viajes?

—Lo que le interesaba era el fruto monetario de esos viajes, ¿verdad?

Tuwia sonrió cínicamente.

—Yo le gustaba mucho a Ruct —contestó.

—Un momento —intervino Shelia de repente—. ¿Se despedía de usted Ruct cuando partía de viaje?

—Por supuesto —dijo Tuwia.

—Y, en cuanto regresaba, venía a verla inmediatamente.

—Sobre eso, no cabe la menor duda.

—Bien, en tal caso dígame exactamente cuántos días estuvo ausente de la capital en su último viaje.

Tuwia entrecerró los ojos.

—Fueron diez… no, doce. Sí, doce días justos; lo recuerdo muy bien —declaró.

—¿Qué tipo de nave usaba? ¿Lo sabe usted?

—Ruct estaba bastante quejoso de Diener. Decía que su jefe no quería gastarse el dinero en una nave nueva. La que usaba era de un

tipo anticuado, algo así como…

—¿«Schlant-Wick Xxx»?

Tuwia chasqueó los dedos.

—Sí, eso mismo —confirmó.

Shelia se volvió hacia el terrestre.

—Es suficiente —dijo—. Págale.

Los dos mil créditos cambiaron de mano. Tuwia sonrió satisfecha.

—Ruct ha muerto y lo siento, pero soy joven y debo pensar en mí —manifestó—. Si un día te sientes aburrido, ven a verme.

La mano de Shelia se movió rápidamente. Estalló una bofetada.

Tuwia se llevó la mano a la mejilla.

—¿Por qué haces eso? —exclamó asombrada—. ¿Es tu hombre?

Kaydin se puso una mano en la boca, a fin de ocultar la sonrisa que le provocaba el inesperado gesto de Shelia. La joven se puso colorada.

—Lo siento —dijo—. Fue sin querer.

Estaba muy nerviosa. Kaydin lo adivinó en el acto.

—Vámonos —propuso—. Dispénsala; es un poco celosa —se dirigió a Tuwia.

Agarró el brazo de Shelia y la empujó hacia la puerta. Instantes después, salían al pasillo.

En el mismo momento, tres personas avanzaban hacia el piso de Tuwia. Kaydin reconoció a dos de ellas y el asombro le dejó paralizado durante un segundo.

* * *

Empujada por dos individuos, con la cara amoratada por los golpes recibidos y el pelo desordenado, Fryena, la camarera de La Copa de Kranita, avanzaba por el corredor, con el pánico pintado en sus facciones.

La mano de Tunc aferraba uno de sus brazos. El otro individuo, desconocido para Kaydin, la sujetaba por el otro.

El momento era crítico. Kaydin vio que Tunc soltaba a Fryena y que se disponía a sacar una pistola.

Él llegaría tarde, se dijo. Pero aún tenía un recurso. Saltó hacia adelante, con toda la potencia de sus piernas. Agachó la cabeza y golpeó la mandíbula de Tunc.

El gigante, sorprendido, emitió un rugido de rabia y cayó de espaldas, con los pies por alto. Kaydin se tambaleó un poco, pero recobró el equilibrio en el acto.

Giró hacia su izquierda. El compañero de Tunc sacaba ya una pistola térmica.

Kaydin movió el pie derecho. Una muñeca se quebró en el acto, con sonoro chasquido de huesos. El brocbariano cayó, lanzando un aullido de angustia.

Tunc continuaba en el suelo, aturdido por el fenomenal cabezazo recibido. Kaydin pensó que lo mejor era desaparecer de aquel lugar.

—¡Corre, Shelia! —gritó.

La muchacha obedeció en el acto. Kaydin se retrasó un instante, para ayudar a Fryena a correr.

Shelia alcanzó la próxima esquina y se volvió. Un grito de espanto brotó de sus labios.

—¡Bob, detrás de ti!

Kaydin se volvió. El compinche de Tunc estaba arrodillado en el suelo y tenía su pistola térmica en la mano izquierda.

El arma vomitó un casi silencioso chispazo. Fryena lanzó un terrible alarido y cayó revolcándose por el suelo, con el pecho abrasado interiormente por la mortífera descarga.

Kaydin disparó a su vez. El proyectil llegó al estómago del brocbariano, derribándole al suelo en medio de espantosos dolores.

Tunc estaba inmóvil. Había terminado por perder el sentido.

Kaydin se inclinó sobre Fryena. Nada podía hacerse por la camarera, que agonizaba a ojos vista.

—Aprisa, Bob —le apremió Shelia.

Kaydin rozó con una mano la mejilla de la agonizante.

—Adiós, Fryena. Te vengaré —prometió.

Y echó a correr en pos de Shelia, sintiéndose poseído de una enorme cólera contra Tunc.

—La próxima vez que nos encontremos, no tendré piedad de él —masculló, mientras entraba en el ascensor, en el cual ya le aguardaba Shelia.

* * *

La carta estelar se hallaba extendida sobre la mesa.

Shelia la examinaba, mientras Kaydin preparaba algo de comer.

Estaban en un departamento discreto, situado en una de las más populosas avenidas de la capital, alquilado a nombre de un supuesto matrimonio Khenerer. Kaydin lo había hecho así, a fin de borrar posibles pistas.

—¿Has encontrado algo? —preguntó él al cabo de unos momentos.

—Estoy haciendo cálculos —respondió Shelia—. De lo que dijo Tuwia parece deducirse que Briarf no perdió demasiado tiempo en el punto de destino de su viaje, ¿no crees?

—Así me lo parece a mí, sobre todo teniendo en cuenta su profesión —convino Kaydin—. El viaje debió de ser de importancia, para realizarlo el hombre de más confianza de Diener.

—Y, seguramente también, fue a tiro hecho, es decir, que todo estaba preparado ya.

—Justamente. Briarf fue… no importa ahora adónde, para recoger una mercancía, que ya debía de tener preparada. Cargó con ella y regresó inmediatamente.

Shelia se mordió los labios.

—Empleó doce días —dijo—. Seis de ida y seis de vuelta. En su punto de destino estuvo muy pocas horas y puede que ni siquiera desembarcase, porque le entregaron la mercancía al pie de la nave. Ahora, por tanto, lo que conviene es encontrar un planeta que diste de Brocbar capita seis días de viaje.

—Teniendo en cuenta el tipo de nave que empleó, la «Schlant-Wick Xxx».

—Un contrabandista, aunque no descuide las precauciones, ha de ir y venir con la mayor rapidez posible. ¿Me equivoco, Bob?

—Aciertas, Shelia.

Ella volvió de nuevo la vista al mapa. Kaydin llevó a la mesa dos platos con comida y dos copas llenas de vino.

—¿No das con ello? —preguntó.

—Tendré que hacer unos cálculos más prolijos —respondió la joven.

Kaydin tomó su pastilla alimenticia y mordió un bocado.

—Bueno —dijo—, parece que te has convertido en mi aliada. ¿Qué te ha impulsado a ello? ¿Acaso te has convertido en enemiga del Imperio por el mal trato recibido?

—No es eso, Bob —contestó Shelia—. Estoy quejosa de las leyes de mi mundo, ciertamente, pero modificarlas no es cuestión de horas. Probablemente yo, en el puesto del juez, habría dictado la misma sentencia.

—Pero no me negarás que los condenados podrían tener un mejor trato; y esto sí es cuestión que se arregla de un plumazo.

—Desde luego —admitió la brocbariana—. Lo que yo quiero saber es cuál de los dos bandos en disputa tiene razón.

—Es un juego muy peligroso. Te va la cabeza en ello.

—Lo sé, pero… ¿no estaba ya condenada a muerte?

—Incluso en el caso de que veas que la razón está de parte del Sistema Solar y aunque el conflicto se resuelva favorablemente, tu situación no habrá mejorado nada. Sigues siendo súbdito brocbariano y sujeta, por tanto, a las leyes vigentes en el Imperio.

Shelia sonrió de una manera extraña.

—Es rara la ley que no se puede burlar de una manera u otra —contestó sibilinamente.

—Quizá tú entiendas más que yo de leyes brocbarianas —admitió Kaydin—. A fin de cuentas, mandabas una nave de patrulla y eso exige también ciertos conocimientos legales.

—Por supuesto. Conviene, porque, así, a veces, el comandante de una nave puede evitar conflictos interestelares.

—Bien, y salvado este punto, dime ahora cómo se te ocurrió ir a casa de Tuwia. La coincidencia me asombra todavía.

—Algo de eso me indicó tu amiga Lill Bazosf.

—¿Cómo? Pero ¿no habíamos quedado que trabajarías para ella como modelo?

—Quizá más adelante. De momento, yo prefiero seguir con este asunto.

—Muy bien. Continúa y explícame de una vez por qué fuiste a casa de Tuwia.

—Te lo diré —contestó Shelia—. Yo comenté mi caso, y el tuyo, con Lill. Ella está convencida de que eres un espía del Sistema Solar. Conocíamos ya la noticia de la muerte de Diener. Al día siguiente, se supo la muerte de Briarf. Lill conocía a ambos; Diener y Briarf le habían traído objetos de contrabando.

»Lill calculó que tú habrías ido a ver a Diener en primer lugar, porque sabía vuestra amistad. Me indicó que hablase con Briarf,

pero ya no tuve tiempo.

—Y entonces se te ocurrió la idea de ver a su amiguita.

—Sugerida por Lill, naturalmente. Kaydin se frotó la mandíbula.

—No es tonta Lill, no —murmuró—. Supongo que habrás reconocido a Tunc.

—Desde luego.

—Quiso matarme en La Copa de Kranita. Le falló el golpe. Debió de averiguar de algún modo que yo había hablado con Fryena. Entonces supo adónde debía ir y forzó a la camarera a que lo llevase a casa de Tuwia.

—Sí, eso mismo creo yo.

—Y todos los datos me hacen suponer que Tunc no es un evadido de los yacimientos de kranita, sino un prominente miembro del contraespionaje brocbariano, que recurrió al socorrido truco de fingirse condenado, para vigilar más de cerca mis actividades, puesto que en el estado mayor del emperador se sabe que yo soy un espía del Sistema Solar.

Shelia sonrió.

—De modo que ya lo admites —dijo. Kaydin hizo un gesto de resignación.

—¿De qué me serviría negarlo? —exclamó—. Pero si Tunc me ha reconocido bajo mi actual aspecto, ¿quién le ha dado mi descripción física?

—No hay más que una persona que podría hacerlo —contestó Shelia—. Lamento tener que desilusionarte, pero prefiero que tú mismo pronuncies el nombre de la que te ha traicionado.

—Lill Bazosf —dijo él sordamente.

—La misma —confirmó Shelia—. No cabe la menor duda de que Tunc conoce al dedillo todas tus amistades. Naturalmente, una de las cosas que primero debió de hacer fue visitar a Lill. Y, no lo olvides, Lill, por su profesión, es una mujer fácilmente acomodaticia.

—Es cierto —murmuró Kaydin—. Tendré que hacerle una visita para ajustarle las cuentas.

—Tal vez es lo que Tunc está esperando, Bob.

—No importa —gruñó él.

—¿Vas a permitir que el resentimiento predomine sobre la misión que te han confiado?

Kaydin sonrió.

—Quizá encuentre allí a Tunc —contestó—. Resultaría interesante sostener una conversación. Tal vez de este modo acabe averiguando dónde está el CEER.

—Un método arriesgado, pero, si crees que es lo mejor…

—Lo creo, Shelia —contestó él firmemente. Consultó su reloj y añadió—: Iremos a la madrugada, como la primera vez que estuvimos en su casa, después de la evasión.

CAPÍTULO X

Puesto que le sobraba tiempo, Kaydin se había tendido en un diván para dormir un rato. De pronto, sintió que le tocaban en el hombro y se despertó.

—¿Es ya la hora? —preguntó, frotándose los ojos.

—Falta poco, pero no te he despertado precisamente por eso —contestó Shelia.

Kaydin observó que la joven, en pie frente a él, tenía unos papeles en la mano.

—Has encontrado el punto de destino de Briarf —dijo.

—Sí. Todos los cálculos apuntan a un mismo sitio, teniendo en cuenta los datos con que contamos respecto a tiempo y clase de astronave.

—Muy bien, adelante.

—Por si fuera poco, tenemos también aquella palabra que Briarf pronunció antes de morir y que no pudo completar. «Javaiv…», ¿no?

—Es lo que yo escuché, Shelia.

—Entonces no cabe la menor duda. Ya has encontrado el CEER, Bob.

Kaydin se puso en pie de un salto.

—Vamos, habla de una vez —estalló.

Shelia sonreía satisfecha.

—Debí haberlo visto antes —manifestó—. Sólo ahora me he dado cuenta de que disparé contra tu nave porque estabas en un área prohibida. Luego, cuando informé de que había un superviviente, recibí la orden de capturarte vivo, porque como ya había dado tus cifras de identificación, sabían que eras tú o uno de tus tripulantes y les interesaba hacerte un interrogatorio.

—Todo eso ya lo sé —dijo Kaydin, impaciente—, pero ¿por qué no hablas de una vez?

—Yo también comprendo ahora por qué aquella zona está prohibida a todas las naves no específicamente autorizadas. Cuando recibí las órdenes, no se me comunicaron los motivos. Bob, dime, ¿conoces tú el nombre del asteroide en el cual aterrizaste después de la destrucción de tu nave?

—No; y si me dirigí a él fue porque el detector de la burbuja de salvamento me indicó que era el cuerpo celeste más próximo.

—Comprendo. Bob, ese asteroide se llama Javaivaral, sin ordinal enumerativo. Eso es lo que te quiso decir Briarf cuando agonizaba y no pudo completar la palabra.

—Javaivaral —repitió Kaydin pensativamente—. Sí, es cierto, no puede ser de otra forma, pero ¿en qué lugar, de ese maldito asteroide está el CEER?

Shelia se encogió de hombros.

—Ah, eso es cosa tuya —contestó.

* * *

Sin hacer el menor ruido, Kaydin y Shelia se posaron en la terraza del departamento de Lill. Una vez se hubo despojado del aeromóvil individual y ayudado a que Shelia lo hiciera, ambos avanzaron hacia la puerta encristalada.

Segundos más tarde, estaban en el dormitorio de la dueña del departamento. Lill contempló a la pareja con expresión de asombro.

—Por lo visto, tenéis la costumbre de interrumpir el sueño a las amistades —dijo, ahogando un bostezo—. ¿Cuál es ahora vuestro apuro, muchachos?

—Nuestro apuro tiene tu nombre —contestó Kaydin. Lill le miró sorprendida.

—Pareces enfadado conmigo —dijo, a la vez que echaba a un lado la ropa de la cama—. ¿Qué te pasa, Bob?

—Tú me ayudaste a ponerme una cara nueva, pero no tardaste mucho en dar mi descripción física a un agente del contraespionaje brocbariano.

—Crees que te he traicionado, ¿verdad? —dijo Lill, furiosa—. ¿Te habría dado los cincuenta mil créditos sólo para despegar los labios a la primera pregunta? ¿Y los cien mil que pagué a Frogey?

—No te preocupes; el contraespionaje del emperador te reembolsará de tus gastos —contestó Kaydin sarcásticamente.

—¡Y un cuerno! Bob, te aseguro que estás engañado conmigo. Sí, aquí estuvo un agente del contraespionaje, el coronel Drogken, para ser más exactos. Y lo negué todo, hasta que me aplicó la máquina portátil de interrogar que traía consigo. Conozco a Drogken desde hace tiempo y asiste en ocasiones a las fiestas que doy en mi segunda planta, pero es un tipo incorruptible en muchos aspectos. Fanático, diría yo.

Kaydin frunció el ceño.

—Parece sincera —observó Shelia.

—Lo soy —aseguró Lill—. Todo lo que Drogken me sacó fue a la fuerza…, pero, aun así, hubo algo que le oculté y fue tu nueva identidad. —Lill soltó una risita irónica—. Aprendí de uno de mis distinguidos visitantes el medio de engañar, en parte, a la interrogadora mecánica. No se puede eludir un interrogatorio en su totalidad, pero sí la respuesta más comprometedora; y eso es lo que yo hice. Por mí, te lo juro, Drogken no sabe qué cara tienes ahora ni cuál es tu nuevo nombre.

—Entonces, mis cálculos estaban equivocados —dijo Kaydin—. Sólo pensé en ti, olvidando que hay otra persona que conoce mi nueva identidad.

—Exactamente —corroboró Lill—. Y Drogken fue a interrogarle, puedes estar seguro de ello. Con Frogey no necesitó siquiera emplear la máquina de interrogar.

—De modo que ha sido Frogey —rezongó el terrestre—. Cuando lo vea…

—No te molestes, Bob. Drogken te ha ahorrado un trabajo.

Lill se acercó a una de las paredes de su dormitorio, situada frente a la cama, y presionó una tecla. Una gran pantalla de televisión, de casi dos metros de lado, se iluminó en el acto.

A continuación, Lill presionó una segunda tecla. Entonces dijo:

—Reproducción de la página de sucesos del diario televisado de ayer, día noveno, a las veintidós horas y diez minutos.

Pasaron algunos segundos. Una página impresa apareció de pronto en la pantalla.

Eran sucesos vulgares y comunes: robos, asaltos, estafas, incendios, fallos de aeromóviles con resultados fatales para sus ocupantes… La mano derecha de Lill señaló una de las noticias:

—Lee, Bob.

Kaydin hizo lo que le decían. En voz alta, leyó:

—«Esta mañana fue encontrado muerto en su domicilio Arthur Frogey, empleado como transformista de caras en los estudios de la Televisión Imperial. Se cree que la muerte fue debida a un colapso cardíaco…».

—No hubo tal colapso —afirmó Lill—. Lo mató Drogken, créeme, Bob.

—Pero ¿por qué no me avisaste? —exclamó Kaydin.

—¿Sabía acaso tu domicilio?

—Tienes razón, Lill. —De pronto, Kaydin concibió una súbita sospecha—. Por favor, dime cómo es el coronel Drogken.

—Mide casi dos metros de estatura y pesa unos cien kilos. Cejas picudas y orejas bilobuladas. ¿Algo más? Kaydin y Shelia lanzaron una exclamación unánime:

—¡Tunc!

—¿Tunc? —repitió Lill, extrañada. De repente, lanzó un chillido de pavor—. ¡Bob, en la puerta!

Kaydin se volvió, sacando la pistola ya al mismo tiempo que giraba sobre sus talones. Delante de él, a siete u ocho metros, chasqueó una pistola térmica.

Lill lanzó un horrendo alarido. Kaydin se dejó caer al suelo y disparó velozmente contra los dos sujetos que habían aparecido inopinadamente en el departamento.

Las pistolas térmicas chasquearon varias veces. Chorritos de humo empezaron a salir de los lugares alcanzados por los proyectiles.

Se oyeron varios gritos espeluznantes. Kaydin sintió en su hombro izquierdo el roce quemante de un proyectil, que se clavó tras él en el suelo. Su segundo disparo derribó al otro atacante.

Kaydin se levantó. Los intrusos agonizaban, abrasados por la terrible temperatura que los proyectiles desarrollaban en el interior de sus organismos. Corrió hacia Lill y se arrodilló a su lado.

—Ha muerto —dijo pesarosamente.

Oyó pasos. Shelia se le acercaba, con el temor pintado en la cara.

—Horrible, horrible… —murmuró la brocbariana. Kaydin se incorporó.

—Tenemos que irnos —dijo.

Ella asintió.

—Pero ¿por qué la han asesinado? —preguntó.

—Ya te dije que éste es un juego muy peligroso.

Tunc o Drogken, tanto da, está dispuesto a cortarme el paso como sea. Quizá presintió que yo vendría a hablar con. Lill y envió a dos de sus secuaces a cerrarle la boca.

—Lo que han conseguido de pleno —se estremeció Shelia.

—Hasta cierto punto, porque algunas de las cosas que ella dijo pueden resultamos interesantes. Vámonos, Shelia; aquí no podemos seguir perdiendo más tiempo.

* * *

—¿Otra pistolita, amigo Q’arba? —preguntó Terrash, frotándose las manos. Disfrutaba de antemano del placer que le iban a proporcionar los billetes de su visitante.

—Esta vez es algo más grande —dijo Kaydin—. Tal vez un poco más peligroso, pero, también, me imagino, mejor pagado.

Terrash entornó los párpados.

—¿De qué le trata? —preguntó con aire suspicaz.

—Una nave tipo «Kawlex-Duma III». Alquilada, por supuesto.

Terrash hizo un signo negativo.

—No sé nada de esos artefactos —contestó.

—El alquiler de una de esas naves cuesta diez mil créditos por un tiempo máximo de dos meses. Pero no me interesa que se sepa que soy yo quien la alquilo.

—Yo no me meto en esos jaleos, Q’arba.

Kaydin puso sobre la mesa veinte mil créditos y anunció la cifra en voz alta.

—Una nave «Kawlex-Duma III» por dos meses. A tu nombre y para que la maneje tu empleado Q’arba, de Altair.

Terrash se lamió los labios codiciosamente.

—¿Diez mil créditos para mí? —preguntó.

—Sí, siempre qué consigas la nave con deflector antidetectores.

—¡Oh, no, no! Absolutamente no. Es un aparato estrictamente prohibido en las astronaves de alquiler…

—Pero eso no significa que algunas no lo empleen.

Conocí a un contrabandista que tenía instalado en la suya ese aparato. ¿Cinco mil más por el deflector?

Terrash se puso a gemir.

—Me estás tentando por mi lado más débil… Impasible, Kaydin puso cinco mil créditos más sobre el mostrador.

—Tú ya sabes que yo he venido a tu casa porque sabía que no iba a perder el viaje. Ah, y dame algunas cargas más para mi pistola térmica.

Terrash lanzó un profundo suspiro.

—Me rindo —dijo—. Te avisaré cuando todo esté listo.

—Yo te llamaré —cortó Kaydin—. Una cosa; quiero que la nave esté preparada para dentro de veinticuatro horas.

—¡Es muy poco tiempo!

—Vamos, viejo usurero, deja ya de gimotear —gruñó el terrestre —. Si yo me empeñase, la tendría lista en media hora. Ya te llamaré para que me digas en qué astropuerto está y las cifras de identificación, ¿entendido? Prepara también los documentos de salida a nombre de
Q'arba
, de Altair, y de Duba Crilrk. —Se volvió hacia Shelia, que asistía a la entrevista—. ¿Te gusta el nombre?

—No está mal —asintió ella, sonriendo.

—De acuerdo —cedió Terrash finalmente—. Todo estará listo para dentro de veinticuatro horas.

—Muy bien. Ahora, dame las cargas para mi pistola.

Momentos después, Kaydin se metía en el bolsillo diez proyectiles térmicos.

—Vamos, Shelia.

—Eh, espera un momento —llamó Terrash.

Kaydin se volvió.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Olvido algo?

—Las cargas para tu pistola. Son doscientos créditos.

—Pensé que con quince mil créditos por el servicio, bien podías regalarme esas diez cargas —refunfuñó.

Terrash se encogió de hombros.

—Trabajo por amistad, pero también tengo que vivir —contestó cínicamente.

—¿A qué llamará este hombre amistad? —dijo Kaydin, cuando ya salían de la tienda.

CAPÍTULO XI

—Orbitamos hacia Javaivaral, pero no tenemos la menor idea de dónde vamos a aterrizar —dijo Shelia.

Kaydin demoró la respuesta algunos segundos. Estaba concentrado en la contemplación de los instrumentos de a bordo.

Ciertamente, conocía el manejo de las naves brocbarianas, pero la diferencia no sólo en los instrumentos sino en sus leyendas, hacía que el interpretar las indicaciones le costase algo más que en una nave terrestre.

—Eso no me apura —contestó pasados unos minutos—. Una central de tan enorme potencia, como para abastecer de energía radiante a miles de astronaves, tiene que ser a la fuerza un volumen gigantesco; y si tenemos presente que el metal entra en ella en gran proporción, hallaremos que esa masa metálica puede ser señalada con facilidad por los detectores de a bordo.

—En eso estoy de acuerdo contigo —declaró Shelia—, pero ¿no te has dado cuenta de que ha de estar terriblemente vigilada? ¿No recuerdas lo que yo hice con tu nave?

—Por supuesto, pero creo que no estará de más una exploración previa —contestó él.

—Javaivaral es más grande de lo que parece, Bob.

—Lo sé. De todas formas, ya tengo señalado el punto donde vamos a aterrizar primeramente.

—Dímelo, por favor —pidió Shelia.

—Quiero aterrizar allí donde os engañé —respondió él—. Entonces, al robar tu nave, tiré algo que en aquellos momentos me pareció superfluo. Nunca debí hacerlo.

Suspiró.

—La pistola térmica es buena, pero no se puede comparar con una pistola solar —agregó.

—Entiendo —sonrió la brocbariana.

Las horas fueron pasando lentamente. La astronave, de un tipo excepcionalmente veloz, devoraba con toda facilidad las decenas de miles de kilómetros. Transcurrieron cuarenta y ocho horas, sin embargo, antes de que las pantallas empezaran a dar señales de la proximidad de un cuerpo celeste.

Kaydin y Shelia conectaban los televisores corrientes donde se ofrecían programas de diversión y noticiarios, a fin de pasar mejor el tiempo. Una de las noticias llamó singularmente su atención.

La noticia versaba sobre política interplanetaria. El locutor se sentía pesimista respecto a la paz en aquella zona de la Galaxia.

—Cada día que pasa, las reclamaciones del sistema solar se hacen más exigentes y menos aceptables para el honor brocbariano. Los terrestres, que no han renunciado a sus afanes imperialistas, han reclamado el sector fronterizo entre las dos naciones planetarias, considerándolo como área de influencia propia.

Kaydin emitió un gruñido de descontento.

—Es la más fabulosa manipulación de la verdad que he conocido —exclamó, a la vez que cerraba la pantalla—. Lo único que el sistema solar ha propuesto es la neutralización de la zona fronteriza, desalojándola de toda clase de astronaves de combate. La realidad es que Brocbar quiere tomar esa zona como base de operaciones y para ello ha concentrado ya allí no menos de cuatro mil astronaves en orden de batalla. Naturalmente, bajo el pretexto de defenderse de un eventual ataque del sistema solar —concluyó.

Shelia calló unos momentos.

Las frases que Kaydin acababa de pronunciar, relativas a la concentración de astronaves, eran ciertas; ella lo sabía desde hacía tiempo. Pero una duda asaltaba su mente.

—Bob —dijo de pronto.

—¿Sí?

—Imagínate una cosa. Imagínate que consigues inutilizar a la flota brocbariana. Es tu misión y harás todos los posibles por ejecutarla.

—Por supuesto —admitió Kaydin.

—Bien, si lo consiguieras, Brocbar quedaría inerme.

¿No trataría entonces el sistema solar de aprovecharse de la ocasión?

—¿Quieres decir que trataríamos de conquistar el imperio?

—Exactamente, Bob —respondió Shelia, con toda seriedad.

Kaydin meneó la cabeza.

—Es algo materialmente irrealizable —dijo—. Nuestras naves no suman ni la décima parte de la flota brocbariana, y hablo sólo de las naves que componen la flota de vanguardia. Tú sabes muy bien que si el Imperio se lo propusiera, podría poner hasta ocho mil naves en orden de combate. Nosotros sólo contamos con unas cuatrocientas.

—Pero si destruyes el CEER esas ocho mil naves no servirán para nada.

—Para atacar a un sistema solar, por supuesto que no; pero sí podrían defenderse empleando los propulsores de emergencia.

—Que no sirven, sin embargo, para disparar los torpedos planetarios —arguyó Shelia.

—En efecto, pero el objetivo que se persigue es obligar al imperio a reconsiderar su actitud y lograr que acepte el tratado de neutralización de la zona fronteriza.

—Wówasc CVIII y sus ministros no aceptarán jamás firmar ese tratado.

—¿Cómo se negarán? ¿Enseñando solamente los dientes? —respondió Kaydin sarcásticamente.

* * *

Un suspiro de satisfacción se escapó de los labios de Kaydin cuando, tras algunos minutos de búsqueda, encontró su pistola solar.

—¡Al fin! —exclamó, satisfecho.

—¿La has hallado? —gritó Shelia desde la escotilla de la nave.

—Sí —contestó él, emprendiendo inmediatamente el regreso.

El indicador de carga indicaba potencia total. Kaydin sabía que ahora disponía de casi medio centenar de disparos antes de que el arma necesitase ser recargada de nuevo.

Entró en Ja nave y Shelia cerró la escotilla.

—Nosotros no conocemos esa clase de armas —dijo, examinándola con moderada curiosidad.

—Vuestro gobierno prohibió la importación, no sé por qué —explicó Kaydin, mientras se sentaba otra vez ante los mandos de la nave—. Imagino que para no producir perturbaciones a las fábricas de armas radiónicas y térmicas.

—Tal vez —convino Shelia—. A cada cual le gusta usar sus propias armas, Bob.

—Eso sí es cierto —sonrió él.

Minutos más tarde, se hallaban de nuevo en el espacio.

Hasta entonces, no habían sido molestados en absoluto por las naves de patrulla brocbariana que orbitaban de continuo en torno a Javaivaral. El deflector había cumplido bien su papel, haciendo que la nave fuese no sólo indetectable por instrumentos, sino también visualmente.

—Es preciso reconocer que Terrash se ha ganado bien su comisión —comentó Kaydin con la vista fija en los instrumentos.

—La comisión de un bandido —calificó Shelia.

Las horas fueron pasando lentamente. Los detectores de masas metálicas permanecían inactivos.

—¿Habrán establecido una barrera antidetectora en torno al CEER? —Dudó Kaydin.

Sheila le llamó de pronto.

—¡Ven, Bob! ¡La televisión anuncia que el emperador va a dirigir personalmente una proclama al pueblo brocbariano!

La nave volaba con piloto automático, previamente grabado el rumbo y velocidad de su órbita, lo que permitió a Kaydin abandonar los mandos y situarse frente al televisor normal.

Un locutor, con acento campanudo, anunció la presencia del emperador ante las pantallas:

—Habla para vosotros
Wówasc CVIII
Dárodna, emperador de Brocbar.

La efigie de Wówasc apareció inmediatamente en la pantalla. El emperador empezó a hablar.

Kaydin no prestó demasiada atención al discurso.

Era una repetición de tópicos ya conocidos: ambición imperialista del sistema solar, salvaguarda del pueblo brocbariano, defensa del honor común.

Wówasc era un hombre de unos cincuenta años, de buena planta y no desagradable de rostro, deliberadamente vestido con sencillez. En el estudio montado en el propio palacio imperial, se divisaba el gran sello con sus armas.

A Kaydin, sin embargo, le interesó más el sello personal que

Wówasc llevaba pendiente del cuello por una cadena. Era un enorme disco, de más de quince centímetros de diámetro, por dos de grosor, hecho en oro y con adornos de piedras preciosas. Wówasc jugueteaba constantemente con el sello, moviéndolo con los dedos de una forma maquinal.

En una ocasión, la cámara aumentó la imagen y presentó el sello de una manera que ocupaba casi toda la pantalla. Kaydin lo estudió con concentrada atención.

Una súbita idea acababa de forjarse en su mente, aunque no estaba todavía elaborada por completo.

De repente, sonaron unas tenues campanadas en el interior de la cabina. Shelia lanzó una exclamación:

—¡El detector de masas metálicas, Bob!

* * *

Ocultos tras unas rocas, Kaydin y la muchacha presenciaron la descarga de una astronave, repleta de cajas que contenían kranita. Las cajas eran colocadas en un tren de vagonetas, que se dirigía luego hacia la boca de un túnel, que se adentraba en el interior de una montaña de dimensiones gigantescas.

—De modo que la kranita es el material que sirve para la producción de energía radiante —murmuró él, pasados algunos minutos de observación.

—Así es, en efecto —concordó Shelia—. Otros minerales de fisión más simple o menos productora de energía, no permitían irradiar energía sino en una distancia muy limitada y con una potencia relativamente escasa.

—Y el descubrimiento de las propiedades de la kranita vino a solventar ese inconveniente.

—Cierto. Ahora, la kranita es lanzada a los hornos, donde sus radiaciones, aceleradas por potentísimas centrifugadoras que giran a decenas de miles de revoluciones por minutos, son transformadas en energía radiante. Es como si cada nave estuviese unida a la central por un cable conductor, que la asegurase un suministro continuo e ilimitado, cualesquiera que sean sus necesidades.

Kaydin asintió. Lo que Shelia decía era verdad.

—Resulta preciso admitir que vuestra tecnología, en muchos aspectos, es infinitamente superior a la terrestre —dijo. Y añadió—:

Pero ese CEER debe de tener un interruptor general, como tienen todas las centrales de energía.

—Supongo que sí —contestó Shelia—. Ahora, el principal inconveniente estriba en encontrarlo. No creo que puedas intentarlo siquiera.

Shelia señaló con la mano la triple barrera de guardias armados con fusiles radiónicos, que cerraban el paso al túnel, formando un semicírculo insalvable. Por encima de la explanada frontera a la entrada a la central, pululaban asimismo otros guardias armados en sus aeromóviles individuales.

Arriba, en la cima de la montaña, se divisaba una chispita de luz.

Era la antena que emitía la energía radiante. Kaydin y Shelia la habían visto al pasar.

Tratábase de un poste colosal, de sección cilíndrica y de unos setenta metros de diámetro. Su altura, desde el suelo, que era, en realidad, la cumbre, sobrepasaba los setecientos metros.

Miles y miles de largas varillas de acero sobresalían de la superficie cilíndrica de la antena. Todas ellas estaban terminadas en una esfera de red metálica, de un metro de diámetro. Cada antena correspondía y emitía la energía a una nave determinada.

—No, no pasaremos —admitió él—. Pero quizá haya otra solución mejor.

—¿Cuál? —preguntó Shelia.

Kaydin levantó la vista a la cima de la montaña. —Volar la antena— respondió.

CAPÍTULO XII

Era ya de noche cuando la nave se posó suavemente en un lugar relativamente llano, a unos doscientos metros por debajo de la cumbre. La suave luz de tres minúsculos satélites, casi apiñados, alumbraba suficientemente el lugar.

Kaydin saltó de la nave y tendió la mano a la joven, para ayudarla a apearse. Shelia dudó del éxito de la operación.

—No creo que consigas volar ese monstruo metálico —dudó—. ¿Dónde están tus explosivos?

Kaydin se tocó la funda de la pistola solar.

—Aquí —dijo—. Tres o cuatro descargas serán suficientes para fundir el metal de la base. Según la masa hacia la cual es apuntada, el arma ajusta automáticamente la tensión energética de cada disparo.

—La descargarás, en tal caso.

—Poco le faltará, pero no importa. ¿Vamos?

Echaron a andar. El suelo era terriblemente accidentado y no había ningún sendero. Sólo se veían rocas por todas partes.

La ascensión resultó fatigosa, con lo cual ya contaban, pero les costó más tiempo del calculado.

—Debiste haber dejado la nave en suspensión antigravitatoria, cerca de la cumbre —dijo Shelia.

—Ya lo pensé, pero no quiero que sufra desperfectos cuando se derrumbe la antena —explicó él.

Casi tardaron quince minutos en alcanzar un lugar que Kaydin estimó adecuado. Tras algunos momentos de descanso, Kaydin sacó la pistola y apuntó hacia la base de la antena.

Pero no tuvo tiempo de disparar. Una voz amenazadora surgió de la penumbra:

—¡Tire esa pistola o morirán abrasados los dos!

La sorpresa de la pareja fue enorme. Antes de que Kaydin

pudiera volver la cabeza, la misma voz agregó:

—Están rodeados. No tienen posibilidad de escape. ¡Al suelo esa pistola, capitán Kaydin!

Shelia apretó los labios. Kaydin maldijo entre dientes.

Aflojó los dedos. La pistola solar cayó al suelo.

—¿Coronel Drogken? —preguntó.

—El mismo —rió alguien alegremente. Su voz resultaba harto conocida para Kaydin—. De nuevo volvemos a encontrarnos, ¿verdad?

Varios hombres armados surgieron de las sombras.

Drogken iba al frente de ellos.

—Un truco muy ingenioso, hacerse pasar por condenado —dijo Kaydin.

Drogken, antes Tunc, se detuvo ante la pareja, con las manos apoyadas en las caderas y los pies separados.

—El tribunal apreció oficialmente su inocencia por el delito de espionaje, pero era preciso probarlo. Por eso me enviaron a mí a los yacimientos de kranita.

—¿Se ha probado que soy verdaderamente un espía?

—Por supuesto. ¿Qué más pruebas quiere? Hemos oído perfectamente su conversación y le hemos visto apuntar con el arma a la base de la antena de energía radiante.

—Drogken meneó la cabeza. —Esta vez, capitán, no habrá salvación para usted. Ni para esa linda traidora que le acompaña:

—Aquí ejecutan las sentencias de muerte de una forma muy peculiar —comentó Kaydin tranquilamente—. Sí, los dos irán a parar a un pozo de kranita. Pero eso es lo de menos para nosotros.

Kaydin arqueó las cejas. —Explíquese, por favor— pidió.

—Nos interesaba probar un caso de espionaje; más todavía, un intento de sabotaje contra nuestra flota de combate. El gobierno del sistema solar no podrá desentenderse ahora de sus actos, capitán Kaydin.

—¿Y quién le dice a usted que todo lo que yo he hecho no ha sido sino movido por sentimientos patrióticos personales?

Drogken soltó una estentórea carcajada.

—No habrá nadie que le crea, capitán; ni en Brocbar ni en la Tierra. Su caso nos servirá para rechazar de plano el trato propuesto por el sistema solar, sobre neutralización de la zona fronteriza.

—Y, claro, luego vendrá un *casus belli*, provocado artificialmente, lo que permitirá al imperio justificar la conquista y anexión del sistema solar.

—Es usted un adivino, capitán —dijo Drogken con acento malicioso—. Todo sucederá como usted ha dicho y la energía radiante no faltará un solo segundo a nuestras naves de combate.

Kaydin se encogió de hombros.

—Parece que he perdido la partida —dijo.

—Sí, y no crea que me ha costado —admitió el brocbariano—. Yo le sugerí la idea de fugarse y la forma de hacerlo, pero, créame, luego me costó mucho volver a hallar su rastro. Siempre se me escurría cuando estaba a punto de atraparlo.

—La buena suerte no puede durar siempre, coronel.

—Es cierto.

—Ha matado usted a personas que no tenían culpa alguna —acusó Kaydin—. Entre ellas, una buena amiga mía.

—Le ayudó a usted. Lill se convirtió en una traidora, como la dama que tiene al lado.

—A Lill no le importaba la política. Ella me ayudó por amistad.

—Tuvo la mala suerte de mezclarse en sus asuntos —contestó fríamente.

—Lo mismo que Fryena.

—Dejemos este asunto, capitán. Su carrera de espía ha terminado aquí.

—Estaban esperándonos, ¿eh?

—Se me ocurrió esta posibilidad y acerté —sonrió Drogken—. Bien, ¿vamos?

Imposible luchar contra ellos.

De repente Shelia exhaló un gemido.

Se llevó una mano a la frente. Sus rodillas se doblaron.

—¿Qué le pasa a esta prójima? —gruñó Drogken.

—La emoción, sin duda —contestó Kaydin, mientras Shelia se desplomaba al suelo.

Drogken avanzó un par de pasos hacia la joven. De repente, Shelia se puso en pie de un salto.

—¡Quieto, coronel, o le abraso!

Drogken soltó una horrible maldición. Shelia había fingido el desmayo para apoderarse de la pistola solar.

—Ordene a sus hombres que arrojen las armas al suelo —continuó Shelia valerosamente—. Hágalo en el acto o le convertiré en energía pura.

El brocbariano, maldiciendo interiormente de la astucia de Shelia, se vio constreñido a obedecer.

—Al suelo las armas, muchachos —gruñó.

Seis fusiles radiónicos chocaron contra las rocas. Kaydin dio un salto hacia Shelia, con intención de recobrar su pistola solar.

La muchacha se distrajo un momento. Fue suficiente para que Drogken le asestase un tremendo manotazo que la tiró por tierra.

Shelia gritó. Kaydin se abalanzó sobre la pistola, pero cuando ya la rozaba con sus dedos, vio el enorme pie de Drogken que buscaba venenosamente su mandíbula.

Se echó hacia atrás velozmente y agarró la pantorrilla, retorciéndola con furia. Drogken rugió a la vez que caía al suelo con gran golpe.

Los guardias estupefactos, no atinaban a reaccionar.

—La pistola, Shelia —gritó.

Drogken se incorporaba ya. Shelia agarró el arma y disparó a tiempo de convertir en un ascua de luz a un brocbariano que ya empuñaba su fusil radiónico.

Los demás se quedaron quietos instantáneamente, aterrados por la potencia de la pistola solar, desconocida para ellos. Kaydin vio que Drogken se abalanzaba sobre él nuevamente.

Era una mole humana de más de cien kilos de peso y hábil luchador, además. Kaydin se dijo que sus posibilidades de victoria eran poco menos que nulas.

Agarró un pedrusco y lo lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas. El proyectil alcanzó el estómago de Drogken, haciéndole detenerse en seco, con un gruñido de dolor.

Kaydin le tiró otra piedra. Drogken esquivó, pero no pudo evitar que la piedra le rozase la sien, haciéndole perder el equilibrio.

—Un poco más, un poco más —pidió Shelia, divertidísima.

La tercera pedrada alcanzó a Drogken en la frente, abriéndole una brecha de la que manó la sangre en el acto. El brocbariano se tendió de espaldas, aturdido y debilitado por los golpes recibidos.

Los cinco guardias permanecían a un lado, paralizados por la amenaza que significaba la pistola solar. Respirando afanosamente,

Kaydin avanzó hacia Shelia y recobró el arma.

—Ahí tienes un fusil radiónico —señaló.

La muchacha corrió hacia donde estaban caídas las armas de los brocbarianos. Agarró un fusil y, en el mismo momento, uno de los guardias, rugiendo de ira; se echó encima de ella.

—¡Shelia! —gritó Kaydin.

Pero la joven no necesitaba de ayuda. Hundió el cañón del fusil en el estómago de su atacante y luego le golpeó con fuerza en un lado de la cabeza.

El soldado dio un tremendo salto hacia atrás, con los brazos extendidos. Súbitamente, se vio brillar un vivísima fogonazo, a la vez que se oía un alarido estremecedor.

El grito del soldado, sin embargo, fue muy corto.

En una fracción de segundo, se convirtió en una informe masa negra, que rodó por el suelo, a unos veinte pasos del pie de la antena.

Kaydin estaba desconcertado por aquel suceso. Shelia retrocedió vivamente, con el temor pintado en su cara.

—¡La antena está protegida por un blindaje de energía!

Kaydin apretó los labios. Aquellas palabras le señalaron un obstáculo con el cual no contaba ciertamente.

Se estremeció al pensar en lo que podía haber sucedido si se le hubiese ocurrido traer explosivos corrientes para volar la antena. Ignorantes de la protección de aquella fuerza invisible, habrían perecido carbonizados.

Tal vez, se dijo, había un medio de romper el blindaje de energía pura que envolvía por completo a la antena, pero no se atrevió a emplear la pistola solar.

Las reacciones de una descarga solar al chocar contra una coraza de energía eran imprevisibles. Podía ocurrir que sólo se produjese un gran fogonazo… pero también podía suceder que el impacto desencadenase una reacción paranuclear de catastróficas consecuencias.

Era mejor no probar aquel medio, porque resultaba casi seguro que la antena continuaría intacta, mientras que ellos corrían el riesgo de perecer convertidos en partículas invisibles.

—Será mejor que nos vayamos —decidió, tras corta reflexión.

A prevención, lanzaron los fusiles a un barranco.

Drogken empezaba a recobrarse, pero no estaba en condiciones de moverse con efectividad.

Momentos después, la astronave despegaba con Kaydin y Shelia a bordo.

CAPÍTULO XIII

El hombre que entró aquel día en la tienda de Terrash tenía el pelo entrecano y la piel atezada, como si hubiera vivido mucho tiempo bajo los soles gemelos de Gamma III de Antares. Incluso hablaba con el peculiar deje de los antaresinos.

Terrash parecía muy entretenido contemplando una emisión televisada. En la pantalla aparecían dos hombres, de busto, ambos de dispares características fisonómicas.

El locutor decía:

—Se busca, por el delito de espionaje, asesinato e invasión de área prohibida, al llamado Robert Kaydin, del sistema solar, quien también usa el aspecto y el nombre de Q’arba, de Altair. El Gobierno del Imperio, en nombre de su poderosísima Majestad, Wówasc CVIII Dárodna, emperador, ofrece la suma de cinco mil créditos, a quienquiera que facilite informes que permitan la captura del reclamado, vivo o muerto.

—Interesante —dijo el recién llegado.

Terrash volvió la cabeza y le miró con curiosidad.

—¿En qué puedo servirle, caballero? —preguntó afablemente.

—Necesito de sus servicios —respondió el cliente.

La figura del emperador surgió en aquel instante en la pantalla, a la vez que se escuchaban los majestuosos acordes del himno imperial.

Terrash y su visitante quedaron en pie, rígidos, escuchando respetuosamente el himno del Imperio. Al terminar, Terrash cerró el televisor.

—Un tipo estupendo, el emperador, creo —comentó el visitante,

con la sonrisa en los labios.

—Depende de los puntos de vista de cada cual —contestó Terrash.

—Algunas mujeres lo encuentran sumamente atractivo.

—Y él encuentra atractiva hasta a una escoba con faldas —dijo Terrash riendo—. Dicen que se pasa el día persiguiendo a la servidumbre femenina de palacio… pero no creo que haya venido aquí para comentar chismes cortesanos, ¿verdad? Dígame, ¿puedo serle útil?

—Verá —dijo el cliente—, tengo entendido que la semana próxima se celebran las fiestas de primavera. El emperador da una recepción en su palacio, recepción a la que son invitadas numerosas personalidades, incluyendo, por supuesto, al cuerpo diplomático, además de gente de relieve en la vida cultural y social del país.

—Sí, la fiesta del emperador señala el comienzo de las de primavera —admitió Terrash—. ¿Y…?

—¿Cuánto costaría una invitación a nombre del señor y la señora Yarat, de
Gamma III
de Antares?

Terrash parpadeó mientras contemplaba fijamente a su interlocutor.

—El Gobierno ofrece cinco mil créditos por tu pellejo, capitán —dijo.

Kaydin se echó a reír.

—Buena vista tienes, viejo usurero. ¿Por qué no te contrata Drogken para sus servicios de contraespionaje?

—¿Y qué sabes si no me ha contratado ya? —contestó Terrash, sonriendo maliciosamente.

—No lo creo —dijo Kaydin—. Eres hombre que va derechito al negocio y prefieres mil créditos seguros que cinco mil perniciosos en el futuro. Si me denunciases, algún amigo mío sentiría tentación de meterte un palmo de hierro entre las costillas. ¿Verdad que lo piensas así?

—Eres muy astuto, capitán —admitió el comerciante—. Además, sé lo que pretendes y, créeme, me resultas simpático. Mi negocio no prosperará mucho si ese bandido de Wówasc y la cuadrilla que le rodean se salen con la suya. Entonces, todos los artículos del

sistema solar tendrán el precio que ellos quieran, suponiendo que queden artículos para vender después de la conquista.

—Una forma de pensar muy sensata. ¿Qué hay de la invitación a la fiesta imperial?

—Diez mil créditos y dos fotografías del señor y la señora…, ¿cómo has dicho, capitán?

—Yarat, de
Gamma III
de Antares.

—De acuerdo. —Terrash alargó la mano, frotando el pulgar y el índice en un gesto harto significativo—. Paga primero.

—Eres incorregible —sonrió Kaydin, a la vez que contaba los billetes—. Recuerda que las invitaciones estén numeradas.

—Y tú recuerda que vuestras fórmulas moleculares deben ir en el anverso de las fotografías —dijo el comerciante—. La guardia de la entrada comprueba escrupulosamente la personalidad de todo invitado no perteneciente al Gobierno o al cuerpo diplomático. ¿Qué profesión hay que poner en la tarjeta?

—Pintor mental —contestó Kaydin, muy serio. Terrash se echó a reír.

—Vaya, ésa sí que es buena —exclamó—. Véndeme el primer cuadro mental que pintes, ¿quieres?

—Te venderé la tela y tú verás en ella siempre que quieras tu paisaje preferido —contestó Kaydin muy serio—. ¿Seis días para la invitación? —Calculó.

—Está bien. Vete tranquilo —le despidió el comerciante.

* * *

Los días que pasaron fueron de nerviosismo para la pareja, oculta en un edificio de apartamentos, bajo un aspecto fisonómico distinto al que había empleado hasta entonces. Mientras, Kaydin se había afanado en una labor que le tenía ocupado la mayor parte del día y aún de la noche, labor en la que, a su modo, había colaborado Terrash con algunos elementos, bien pagados, por supuesto.

Kaydin recibió la invitación puntualmente.

—Una falsificación perfecta —calificó la joven.

—Como que ha sido hecha en la misma imprenta que elaboró las demás invitaciones —dijo él riendo.

—A Terrash no le habrá resultado barata.

—Es a mí a quien no le ha resultado barata —gruñó Kaydin.

Faltaban veinticuatro horas para la fiesta. Kaydin se afanó en dar los últimos toques a su trabajo. Shelia, mientras tanto, se probaba el vestido que llevaría para acudir al palacio.

Los sabuesos de Drogken continuaban buscándolos afanosamente por todas partes. Tenían noticias de ello por la televisión, pero Kaydin estaba seguro de conseguir esta vez su objetivo.

Llegó la hora al fin. Antes de salir de casa, Kaydin dio a Shelia las últimas instrucciones.

La joven tenía un aspecto encantador con su vestido de fiesta, que dejaba muy poco a la imaginación. Kaydin vestía más severamente, pero no sin cierta moderada fantasía, de acuerdo con el último grito de la moda masculina brocbariana.

A las diez en punto de la noche se apeaban del aerotaxi frente a la gran muralla que rodeaba el palacio imperial, convertida en un ascua de luz por millares de reflectores. Kaydin levantó ligeramente el brazo derecho y Shelia apoyó en él su mano. En la derecha llevaba su bolso de fiesta, hecho de pura seda terrestre, esmaltada de diminutas piedras preciosas.

A Shelia le había intrigado de dónde había sacado Kaydin todos aquellos ropajes. Kaydin le había prometido explicárselo algún día.

El control de entrada se realizó sin obstáculos. Kaydin y Shelia franquearon así la muralla, al otro lado del cual había un parque colosal, brillantemente iluminado, a excepción de algunas zonas estratégicamente en la penumbra.

—¿Por qué no hay luces en esos sectores? —preguntó Shelia.

Kaydin sonrió.

—Cuando la fiesta empiece a «calentarse», más de una pareja buscará la complicidad de esas tinieblas —contestó maliciosamente.

—¿Quieres decir que lo hacen a propósito?

—Por supuesto, querida. Al emperador le gusta perseguir a alguna de sus bellas invitadas. El protocolo ordena que la invitada se deje perseguir.

Shelia enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Espero que se fije en ti —concluyó él.

De pronto, Kaydin notó que la mano de Sheila se crispaba en su

brazo.

—Mira, Bob —susurró la joven.

—No emplees mi nombre —gruñó él, irritado—. ¿Qué te pasa?

—Mira con cuidado y verás a un amigo nuestro —señaló ella, con un imperceptible movimiento de cabeza.

Kaydin se estremeció también.

Había un hombre al pie de un árbol de enorme copa, iluminada por numerosas bombillas multicolores. Drogken charlaba con otros dos brocbarianos, ambos de elevado rango a juzgar por su rica indumentaria.

—El ministro de Astronáutica y el gran primer almirante Thess —susurró Shelia, que los conocía.

Drogken vestía con elegancia su uniforme de gala.

Parecía entretenido en la charla con los otros dos personajes, pero era evidente que sus perspicaces ojos no perdían detalle de cuanto le rodeaba.

Kaydin y Shelia pasaron delante del trío. Drogken les dirigió una mirada casual y luego continuó su charla.

—¡Uf! —dijo la muchacha, cuando estuvieron lo suficientemente lejos como para no ser oídos—. He pasado un miedo horroroso.

—Nuestro disfraz es perfecto —sonrió él—. No temas… ni al emperador.

—Ése es el que más miedo me da —confesó Shelia.

—Pues tendrás que vencerlo, si es que quieres ayudarme hasta el final.

Shelia le dirigió una profunda mirada.

—¿Acaso lo dudas? —contestó.

* * *

Kaydin hubiese pagado muy a gusto un centenar de créditos por un cigarrillo, pero era algo que no quería hacer bajo ningún concepto. Habría representado su ruina de inmediato.

La fiesta estaba en todo su apogeo. El vino corría en abundancia y los ánimos se caldeaban poco a poco. Se oían gritos y risas por todas partes.

Una mujer pasó corriendo cerca de Kaydin. Sus velos revoloteaban al aire. Se detuvo un momento, miró hacia atrás, soltó una alegre carcajada y continuó corriendo.

Un hombre apareció casi en el acto. La cara de Wówasc aparecía congestionada. El pesado sello imperial golpeaba su pecho con los movimientos de su carrera.

Shelia fingió tropezar y rodó por la fresca hierba.

Wówasc se abalanzó sobre ella y la abrazó con ansia.

—Me haces daño —se quejó.

—¿Daño? Pero… si sólo te abrazo…

Shelia sonrió maliciosamente, a la vez que señalaba el sello imperial.

—Eso me hace daño en el pecho —dijo.

Arrodillado, Wówasc se quitó el sello y lo tiró a un lado. Luego volvió a caer sobre la joven.

—Eres muy hermosa —dijo con voz ronca por el deseo.

—Mi marido…

—Al diablo tú esposo. Soy el emperador.

—¿Te permite ello conseguir una mujer casada?

—¿Hay algo que me lo impida? —dijo Wówasc, sonriendo lobunamente.

Sus labios buscaron con avidez los de Shelia. Ella rodeó con sus brazos el cuello imperial.

Agazapado en la próxima oscuridad, tras unos arbustos, unas manos humanas tomaron el sello imperial y pusieron en su lugar otro exactamente igual. La operación se realizó sin el menor ruido.

De repente, Shelia rechazó a su oponente masculino.

—¡Mi esposo! —exclamó alarmada, al oír unos pasos cercanos.

Wówasc lanzó un gruñido de ira.

—Tendré que; expulsarlo de palacio —masculló.

—Te verías en complicaciones diplomáticas. El embajador de Antares reclamaría…

—¡Al diablo el embajador! Me gustas tú y…

Shelia se puso en pie, sofocada, arrugado el vestido y revuelto el pelo.

—Nos veremos luego —dijo—. Ahora quiero ver qué hace mi esposo.

—Estará entretenido con otra, seguro —rezongó Wówasc, despechado.

—Entonces, volveré contigo para vengarme de él —sonrió la joven—. ¿Nos reunimos aquí dentro de media hora?

Wówasc contempló la silueta de aquella hermosa mujer. Un lejano reflector hacía transparentes los tules y la figura se recortaba en negro contra el resplandor.

—Media hora, de acuerdo.

Y ya: se marchaba, cuando Shelia llamó su atención. —Te olvidas lo que me hacía daño— dijo.

—Es verdad —sonrió Wówasc, recobrando su sello.

Pero ya no volvió a acordarse más de Shelia. Otra hermosa mujer pasó por su lado y, a las pocas palabras cruzadas, se convenció de que no habría esposo del cual temer complicaciones.

* * *

Kaydin contempló con ojos sonrientes el sello imperial, que refulgía sobre la mesa. Al cabo de unos minutos, sacó un pequeño destornillador y lo abrió en dos mitades, como un antiguo reloj de bolsillo terrestre.

—Lo que me figuraba —dijo—. Y Terrash me lo confirmó.

—¿Qué es? —preguntó Shelia, devorada por la curiosidad.

Kaydin se retrepó en su silla. Todavía tenían puestas los ropajes de fiesta, pero ya hacía rato que había amanecido.

—Una emisora de radio —explicó—. Está dispuesta para lanzar una sola señal, pero será suficiente, si la emite, para que la flota imperial franquee definitivamente la zona fronteriza y se lance a la conquista del sistema solar.

—La señal puede lanzarse por otro medio —alegó Shelia.

—Es verdad —admitió él—. Pero a Wówasc le gusta un poco la teatralidad y sus secuaces le han complacido en este aspecto. Para mí, Wówasc no es sino un figurón que se ha creído de veras el papel que desempeña. Hay otros que están tras él y que se escudan en su personalidad para conseguir la satisfacción de sus propias ambiciones.

—Algo de eso me imaginé yo siempre —convino Shelia—. Pero éste era un tema vedado entre los componentes de las patrullas del espacio. A mí me gustaba mi profesión y quería ascender.

—Y en lugar de conseguir ascensos, te viste proyectada a los yacimientos de kranita.

—Aquello es un episodio de mi vida que quiero olvidar.

Kaydin puso una mano sobre la de Shelia. —Lamento haber sido

yo el causante de tu desgracia— se disculpó.

—Oh, tenía que suceder así —sonrió ella—. No te preocupes de más, Bob. Pero… hay una cosa que todavía no he logrado aclarar. Mejor dicho, dos.

—Bueno, si me lo dices, tal vez encuentre yo una explicación para tus dudas.

—Primero, ¿a qué fue Briarf a Javaivaral? Ésta fue la pista que nos puso en conocimiento de la situación del CEER.

—No hay más que una respuesta posible, Shelia. Contrabando de kranita.

—¿Cómo? ¿Se contrabandea la kranita? Kaydin sonrió.

—En este corrompido imperio, ¿qué artículo hay que no se contrabandee? ¿Crees que no hay capitanes de astronave a los que les gusta, por lo económico, disponer de un horno de kranita para dar energía a los propulsores?

—Eso significa que Briarf tenía cómplices en Javaivaral.

—Probablemente, algún comandante de astronave de transporte de la kranita. El transbordo se haría en pleno espacio, cerca del asteroide, sin que la nave de transporte interrumpiese su órbita, a fin de no infundir sospechas. Naturalmente, el manifiesto de embarque declararía menos kranita de la que en realidad llevaba y, desde luego, también habría algún cómplice en la administración de los yacimientos.

—Eso queda explicado —dijo Shelia—. ¿Qué me dices de los vestidos y joyas que llevé a la fiesta? El dinero que te dio Lill no alcanzaba para tantos dispendios.

Kaydin volvió a sonreír.

—Tengo un almacén propio donde guardaba artículos que transportaba en mi nave y no sólo terrestres. Naturalmente, está en un lugar secreto que…

—No sigas —le interrumpió ella—. Ya tengo suficiente. Ahora, dime, ¿qué piensas hacer con ese sello?

Kaydin contempló durante unos momentos el enorme disco de oro, con incrustaciones de piedras preciosas, que hasta la víspera había adornado el pecho del emperador.

—Lo que había que hacer con este sello, está ya hecho —contestó solemnemente.

Capítulo XIV

Kaydin abrió la puerta del piso, cruzó el umbral y cerró a sus espaldas. Shelia se dirigió hacia él, con la ansiedad pintada en su rostro.

—Me he puesto nerviosa —dijo—. Has tardado demasiado…

Antes de contestar, Kaydin se acercó a la pantalla del televisor y presionó el conmutador de apertura. Luego dijo:

—He confirmado mis suposiciones, Shelia. Todo saldrá tal como lo habíamos planeado.

—Yo no planeé nada…

Kaydin la agarró por un brazo y la condujo hasta el diván situado frente a la pantalla.

—Ven, vamos a escuchar algo interesante.

La figura de un locutor apareció en el televisor. El hombre habló con solemne acento:

—¡Atención, brocbarianos! Dentro de unos instantes, os va a dirigir la palabra en persona su poderosísima Majestad
Wówasc CVIII
Dárodna, emperador de Brocbar. ¡Atención, brocbarianos!

La imagen del locutor se desvaneció y apareció en su lugar el busto de Wówasc.

Kaydin apreció una inusitada seriedad en el rostro del emperador. Esta vez, sin embargo, no estaba solo en el estudio desde el que se disponía a dirigir su proclama al pueblo brocbariano.

Detrás de él, sentados en semicírculo, había varios prominentes miembros de su Gobierno. Kaydin y Shelia reconocieron al primer ministro Raloo, al ministro de Astronáutica, Heidf, al gran primer almirante de la flota de combate, Thess… y al coronel Drogken, sentado en uno de los lugares más discretos.

El emperador estaba serio. Algunos de los que se hallaban tras

él, sin embargo, no podían reprimir su satisfacción.

Drogken no sonreía. Era el más serio de todos. Más, incluso, que el propio emperador. Kaydin notó en la frente de su rival una arruga que indicaba profundas preocupaciones.

Drogken sabía que Kaydin estaba libre. Mientras no hubiera solucionado lo que para él era un problema principal, no se sentiría tranquilo, calculó el terrestre.

Wówasc empezó a hablar:

—Brocbarianos, una vez más me dirijo a vosotros para comunicaros noticias de gran trascendencia. Esas noticias son relativas al conflicto que sostenemos con el sistema solar, de cuyas ambiciones imperialistas no vamos a hablar aquí, porque son sobradamente conocidas de todos vosotros.

»En el día de ayer, recibí la visita del embajador del sistema solar, el cual, en nombre de su Gobierno, me presentó un proyecto de tratado de neutralización de la zona fronteriza entre el imperio y el sistema solar. Es un tratado inaceptable por lo humillante y, de firmarlo, nos pondríamos inermes en las manos de los terrestres. Nuestro honor de brocbarianos no nos permite rebajamos ante quienes sólo pretenden la ruina del imperio.

»Por dichos motivos, y de acuerdo por completo con los ministros de mi Gobierno, he decidido que la flota de combate brocbariana franquee la zona fronteriza y avance en dirección al sistema solar, a cuyo Gobierno presentamos un ultimátum para que acepte incorporarse al imperio, en la forma acostumbrada y con los deberes y derechos de otros sistemas solares que componen esta gran unidad galáctica que se llama Brocbar.

»Nuestra flota iniciará el avance apenas su almirante en jefe reciba la señal convenida. Esa señal se emite en este preciso instante.

Wówasc concluyó su mensaje. Al mismo tiempo, apretó con dos dedos un determinado punto del gran sello que pendía de su cuello.

Pasaron unos segundos.

—Ahora esperan la respuesta del almirante en jefe para anunciarla públicamente —dijo Kaydin.

—Y se iniciará una guerra interestelar —murmuró Shelia con acento lleno de pesimismo.

Súbitamente, se encendió en el horizonte un gran resplandor

amarillo.

La luz penetró en el piso a través de las ventanas.

Un ruidoso clamoreo llegó desde el exterior.

Todos los personajes que estaban ante la pantalla se miraron unos a otros, alarmados. Se oyeron voces desconcertadas.

El emperador se volvió hacia sus acompañantes.

—¿Qué ha pasado? —gritó—. ¿Por qué no llega la respuesta del almirante en jefe?

—¡Corten, corten! —Se oyó una voz que pertenecía, sin duda, a uno de los directivos de la televisión.

La imagen se borró. Un locutor, evidentemente muy nervioso, apareció en la pantalla.

—Brocbarianos, vamos a proyectar a continuación un telefilme instructivo, que versará sobre la extracción del hierro en las minas…

Kaydin se levantó sonriendo y apagó el televisor. Luego se acercó a la ventana. Shelia se le unió instantes después.

A lo lejos, en el cielo, brillaba una nueva estrella.

Su fulgor inicial se había reducido un tanto, pero la relativa cercanía a Brocbar la convertía en el objeto celeste más luminoso del firmamento.

—¿Una nueva estrella? —dijo Shelia atónita.

—En cierto modo, así puede llamarse. Brocbar acaba de conquistar una nova, que es como se dice en terrestre.

—Pero ¿cómo…?

Kaydin sonrió sibilinamente.

—Querida, tú que conoces a la perfección la astronomía estelar de Brocbar, ¿no has sabido darte cuenta que la nova que acaba de surgir es nada menos que Javaivaral?

Shelia sintió que la cabeza le daba vueltas al comprender el sentido de aquellas palabras. El asombro que invadía su ánimo le impidió hablar.

* * *

El embajador del sistema solar se detuvo ante el trono que ocupaba un nervioso emperador y realizó una profunda reverencia.

—Majestad…

Wówasc se agitó inquieto en su asiento.

—Habla, embajador —gruñó.

—Traigo un mensaje de mi Gobierno —dijo el terrestre—. Contra lo que puedas pensar, es un mensaje de paz y fraternidad. No queremos conquistaros, no tenemos ambiciones imperialistas; sólo deseamos vivir en paz con nuestros vecinos de Galaxia. La convivencia entre dos pueblos altamente civilizados es esencial para que sus gentes se aprecien y se comprendan.

»El tratado cuya firma propongo en nombre de mi Gobierno, no contiene ninguna cláusula vejatoria para Brocbar ni ningún brocbariano, en contra de lo que se ha propalado por ahí, podrá sentirse afrentado porque su emperador acepte firmar el tratado. La neutralización de la zona fronteriza es altamente conveniente para ambos pueblos, cuyos componentes podrán, desde ahora, viajar y comerciar libremente, sin trabas de ninguna clase, sin temor a enojosos inconvenientes. Te ruego, pues, Majestad, que aceptes firmar el tratado en el día, hora y lugar que tú mismo señales y ante la presencia de los miembros de tu Gobierno.

Wówasc miró a su primer ministro de reojo. Raloo tenía la cara como una langosta cocida.

El primer gran almirante Thess, en cambio, estaba lívido. Un poco más allá, mezclado con los altos personajes que formaban el séquito del emperador, Drogken se mordía los labios de ira.

—Acepto —dijo al fin el emperador—. Firmaré el tratado. Hazlo saber así a tu Gobierno, embajador.

—Gracias, Majestad.

—Te comunicaré oportunamente el día y la hora de la firma. Será…, será en tu propia Embajada y delegaré la firma en mi primer ministro.

—Señor, en nombre de mi Gobierno, te doy las gracias más efusivas. Solicitaré para ti la concesión del gran collar de la orden del sol y los nueve planetas.

—Acepto esa condecoración y te lo agradezco. La audiencia ha terminado.

El embajador se retiró, tras una nueva reverencia.

Entonces, Wówasc se puso en pie.

—¡Fuera de aquí, miserables! Habéis hecho el ridículo con vuestras pomposas planes de conquista del sistema solar. En lugar de enviar a mis naves a conquistar a los terrestres, lo único que he

conseguido es un nuevo sol para Brocbar. Raloo, Thess, ya no sois ni representáis nada en mi Gobierno. Otros ocuparán vuestros puestos, malditos imbéciles. ¡Fuera, fuera he dicho!

La mano de Wówasc se crispó sobre su sello. Hirviendo de furia, le dio un terrible tirón, que rompió la cadena, y el círculo de oro con piedras preciosas se estrelló sonoramente contra el suelo del salón del trono.

* * *

—¿Has oído? Hoy se firma el tratado. Lo hará Yibar, el nuevo primer ministro.

—Yibar fue siempre partidario de un entendimiento con el sistema solar —dijo Shelia—. El nombramiento, en esta ocasión, no ha podido ser más acertado.

—Es preciso reconocer que Wówasc ha sabido plegarse a la nueva situación —sonrió Kaydin—. Y, créeme, a la larga, saldrá ganando también. Te diré una cosa, Shelia. Es confidencial; me la han comunicado esta mañana en la Embajada.

—Me devora la curiosidad —rió ella—. ¿De qué se trata, Bob?

—Wówasc ha aceptado una invitación del presidente del sistema solar para visitar la Tierra. Irá dentro de un par de meses, una vez los funcionarios competentes de los dos Gobiernos hayan elaborado un programa conveniente para la visita.

—¡Increíble! Es el primer emperador de Brocbar que visita a un jefe de Estado extranjero. Hasta ahora, siempre eran los otros jefes de Estado quienes venían a visitar a Wówasc.

—Los tiempos cambian —sonrió Kaydin—. Todavía más. Wówasc, en correspondencia a la condecoración que le ha sido concedida, impondrá al presidente del sistema solar el sello de honor de Brocbar, la máxima recompensa que puede otorgar un emperador brocbariano. Ah, y en ese sello, figurarán treinta y ocho estrellas.

—Pero el emblema de Brocbar sólo tiene treinta y siete —exclamó Shelia, vivamente sorprendida.

—Es que Wówasc ha solicitado que el sol terrestre figure como estrella de honor en vuestro emblema.

—Vaya —murmuró la joven—. Esto ha dado una mutación radical.

—Era necesario. La tensión ha desaparecido y…

—Y miles de naves de combate quedarán arrumbadas para la chatarra.

—Se emplearán en el comercio. No serán inútiles, créeme. Otra cosa: el trabajo en los yacimientos de kranita se va a humanizar. Incluso han venido médicos terrestres para ver de salvar a todos los condenados que puedan.

—No está mal. —Shelia le dirigió una mirada llena de admiración—. Eres un hábil diplomático, Bob.

—Diplomático y espía…, pero lo que más me gusta es ser traficante de las estrellas. Espera y verás.

Minutos más tarde, Kaydin detuvo el aeromóvil ante la puerta de un edificio de una sola planta, situado en el extrarradio. Saltó al suelo y tendió la mano a Shelia para ayudarla.

Kaydin abrió la puerta. Shelia pasó primero y se encontró en un almacén abarrotado de cajas de todos los tamaños.

—Tu almacén secreto —murmuró.

—Así es —sonrió él—. Shelia, elige a tu gusto.

La joven palmoteó alborozadamente. Echó a correr y sacó vestidos de las cajas, joyas, perfumes, objetos de adorno.

—Esto es un tesoro —exclamó llena de júbilo.

—Del cual no vas a disfrutar en absoluto, traidora.

Shelia se volvió, enormemente sorprendida. Un grito de espanto brotó de sus labios al ver a Drogken en la puerta del almacén, armado con una pistola térmica.

—Esperaba que vinieras aquí, capitán —sonrió el brocbariano—. Mucho me costó averiguado, pero lo conseguí finalmente.

Kaydin se mantuvo impasible a la vista del arma.

—Tú y los tipos como tú estáis ya desfasados —declaró—; Vuestros planes anexionistas han sido arrojados al polvo del olvido. La paz reinará ahora en este sector de la Galaxia.

—Quizá, pero no lo veréis ninguno de los dos. Eres muy astuto, Kaydin, pero al final te he cazado. Jamás te perdonaré la destrucción del CEER.

—Era necesario para inutilizar las naves de combate brocbarianas.

—Indudablemente, fue un golpe muy hábil —reconoció Drogken —. Pero todavía no he conseguido averiguar cómo lo hiciste.

Kaydin sonrió.

—El emperador tenía el sello, por medio de cuya emisora pensaba dar la orden de invasión —contestó—. En la fiesta inicial de las de primavera, una hermosa dama se quejó de que el sello le hacía daño en el pecho cuando el emperador la abrazaba. Wówasc se lo quitó y lo lanzó al suelo. Alguien le dio el cambiazo, aprovechando que Wówasc estaba muy entretenido con la dama.

Drogken abrió mucho los ojos.

—¡Bonito truco! —Elogió, a su pesar—. Y, supongo, esa hermosa dama fue la que tengo delante de mi pistola.

—En efecto —admitió Shelia, muy pálida—. Pero no me arrepiento de lo que hice.

—Ya te arrepentirás —gruñó Drogken entre dientes—. Kaydin, ¿qué había en el falso sello? .

—Otra emisora de radio, con la frecuencia del interruptor general del CEER, sólo que, en lugar de cerrarlo, cosa que se habría rectificado a los pocos momentos, lo que hizo fue emitir una señal de activación máxima. Naturalmente, aquel enorme horno de kranita se incendió… e incendió también el asteroide. Destruida la antena emisora de la energía radiante, las naves se quedaron sin propulsión suficiente para recorrer la distancia de la zona fronteriza al sistema solar y mucho menos para disparar sus armas destructoras.

—Ingenioso, muy ingenioso —admitió el brocbariano.

—Vuestra amenaza ha terminado ya —dijo Kaydin—. No creo que vuelva a surgir, pero si eso ocurriera, las naves terrestres disponen de torpedos solares. Si conoces los efectos de mi pistola, imagínate los de un torpedo capaz de convertir en sol a un planeta en fracciones de segundo.

—Nuestra hora llegará, un día u otro —aseguró Drogken—. Sólo es necesario tener paciencia y esperar.

—Cuanto más tiempo pase, menos gente encontrarás dispuesta a embarcarse en una aventura bélica. Los brocbarianos están abriendo los ojos a la realidad, Drogken; es preciso que tú mismo te convenzas de ello y abandones tus fanatismos.

Los dientes de Drogken chirriaron.

—A ti te mataré. Ella irá a parar a un horno de kranita, por traidora. Sigue siendo brocbariana, ¿lo recuerdas?

Kaydin sonrió.

—La exculparán —contestó—. Hay un medio legal para ello.

—¡No! —gritó súbitamente Drogken, ebrio de ira—. No habrá perdón para ninguno de los dos.

Kaydin tensó sus músculos. En los ojos de Drogken vio la decisión de matar.

En el momento en que salía el proyectil térmico, se dejó caer de espaldas. La bala incendió una caja de ropajes que tenía a sus espaldas.

Drogken no tuvo tiempo de repetir su disparo. Kaydin había desenfundado mientras se dejaba caer hada atrás.

La descarga de la pistola solar alcanzó su blanco.

Drogken se convirtió instantáneamente en una estatua incandescente, que desprendía un fulgor cegador.

La luz se apagó medio minuto después. Drogken había desaparecido.

En el suelo sólo quedaba un montoncito de oscuras cenizas. Kaydin lo contempló unos instantes y, a media voz, dijo:

—Lill, Fryena, ya estáis vengadas.

Y luego corrió a buscar un extintor, para evitar que se propagase el fuego.

* * *

Kaydin hurgó en uno de los cajones hasta encontrar una sortija adornada con un diamante del tamaño de un garbanzo.

—Ven, Shelia.

La joven se acercó. Kaydin le puso el anillo en un dedo.

—¿Para mí? —preguntó, asombrada.

—Sí, querida.

—Pero… ¿por qué me lo regalas?

—Shelia, en la Tierra es costumbre regalar un anillo cuando se pide la mano de la futura esposa.

—¡Oh! —exclamó ella, roja corno una guinda—. De modo que quieres que me case contigo.

—Si no encuentras inconveniente…

—Hay uno, Bob.

—Dímelo, por favor.

—Soy, todavía, una delincuente. Mi delito no ha prescrito.

Kaydin se echó a reír.

—La esposa de un ciudadano del sistema solar es ella también ciudadana del sistema solar —contestó—. Esto cancela la persecución legal que pueda existir contra ti.

Shelia sonrió.

—Resultará maravilloso —dijo.

—Lo será más todavía, porque tú me ayudaste aun en contra de tus convicciones y sabiendo que yo luchaba, aparentemente, contra Brocbar. Pero, en realidad, luchaba por la paz en la Galaxia.

—Eso es verdad, Bob.

—Y no darás más bofetadas a otra mujer por celos, ¿verdad?

Shelia se sonrojó de nuevo.

—Si no hay motivos…

Kaydin la abrazó.

—No los habrá —aseguró.

Se besaron. Luego, Shelia preguntó:

—¿Volverás otra vez a la diplomacia, Bob?

—No. Fue un empleo accidental. Mi oficio verdadero es el de traficante de las estrellas. Tú vendrás siempre conmigo en mis viajes, conocerás mundos maravillosos, verás países y ciudades que jamás has conocido…

Era un panorama subyugante. Para Sheila, sin embargo, lo más atractivo de aquella perspectiva estaba en el hombre que la abrazaba estrechamente y que de nuevo buscaba sus labios.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular. También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos

Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.